

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

SALUDO AL QUE LLEGA

A RODRIGO SORIANO

Joven, de talento, ilustrado, con nombre literario, en buena posición social y relacionado con las gentes de alto bordo, todo le gritaba á usted: «afíliate á un partido de los que turnan en el gobierno.» Pero usted, en lugar de atender á ese grito, débil y sordo comparado con el que lanza la patria atada al carro de inmerecida desventura, acaba de responder valientemente en Castellón pidiendo la revisión del proceso de Montjuich, fustigando rudamente á los verdugos, y declarándose republicano; y republicano revolucionario.

Por lo raro del caso, no por ser yo amigo de usted, cojo hoy la pluma que reservo para el elogio, y que, con gran pena mía, está oxidada. ¡La uso tan poco! Porque elogios, y grandes, merece el hombre que, pudiendo figurar entre los de arriba, se pone de parte de los que sufren abajo.

De algunos años acá, no solamente los que nacen á la vida pública dentro de las ideas conservadoras permanecen afiliados á los partidos monárquicos, sino que muchos de los que respiraron al nacer aires democráticos, se embuten en ellos. La juventud, rabiosa por medrar, lo mismo se va con Sagasta, que con Silvela, que con Polavieja, que con el jesuitismo. Llegar pronto; he aquí lo que le preocupa. El cómo y por dónde, no le importa.

Apenas pasa día sin que alguno de los que comenzaron á adquirir renombre del lado de acá, se lance al de allá por el camino de la apostasía, de la delación, hasta del esteticismo; eunucos de la moralidad, guardan con sus plumas alquiladas el serrallo del Gran Señor que está por el momento en condiciones de dispensar gracias y favores. A falta de otra potencia, tienen excesivamente desarrollada la estomacal.

Tenga usted la seguridad de que toda esa chusma inteligente y buscona, seria y cancanesca, impía y devota, censurará el acto de usted. «¡Tras con los republicanos, que están en la desgracia y sin esperanzas de venir! ¡Qué torpezal! ¡Qué chifladura!» De fijo exclamarán así todos los que creen que el escepticismo es una superioridad y el medro personal el único fin de la vida.

En cambio nosotros, los que negamos beligerancia al éxito como no sea honrado; los que rendimos culto á todas las palabras que se relacionan con las de abnegación y sacrificio; los que admiramos á los que luchan por esas multitudes que ni agradecerlo saben; los que, en vez de juzgarlo estigma, nos honramos con el iuri que el egoísmo encumbrado coloca sobre la frente de todo el que lucha abajo; nosotros saludamos al que llega á este campo de donde tantos han desertado; tendemos la mano al que trae en la suya una pluma que esgrimir valientemente en defensa del derecho y la justicia.

La tarea es ruda y la labor larga; y á veces destruyen los tallos aquellos mismos para quienes se destina la cosecha. Pero ¡qué se le da de todo esto al hombre que, como usted, viene á este campo desde ese otro donde no es necesario sembrar para cosechar ni trabajar para enriquecerse?

Por esto quiero apresurarme, después de haberle saludado, á darle á usted la bienvenida.

JOSÉ NAKENS

Escrito lo anterior, leo lo que le ha ocurrido á usted, amigo Soriano, en Villarreal, y le felicito. Despertar hasta ese punto las iras de los enemigos, ¡qué hermosa y envidiable manera de comenzar!

OFICIOSIDAD

El pueblo español necesitaba después del gran desastre educarse, instruirse, cultivar su espíritu, aprender. Pues va y encomienda la dirección de sus destinos á los que creen tener encerrada en un dogma toda la verdad, á los explotadores de la ignorancia, á los enemigos natos de la instrucción, á los que tienen á la ciencia por sospechosa de herejía, á los que sienten la nostalgia de los tiempos bárbaros y, ajenos á la evolución del pensamiento contemporáneo, ponen en

San Agustín y en Santo Tomás la meta del saber humano.

Necesitaba trocar sus hábitos de pereza en hábitos de laboriosidad, y se confía por entero á los miembros de una comunidad religiosa humanamente improductiva, gente ociosa que estima el trabajo como castigo y maldición, que exalta la vida contemplativa y que, sobre dar á todos el ejemplo de su privilegiada indolencia, descarga sobre el país todo el peso de su pereza ineluctable.

Necesitaba paz, y consiente que, á nombre de la religión, los fanáticos susciten la lucha de las conciencias, precursora de la de las armas.

Necesitaba economías, una vida de modestia y arreglo propia del pródigo que, arrepentido de sus disipaciones, se halla dispuesto á repararlas, y la reacción mansa le hace pagar un enorme presupuesto eclesiástico, mientras que la otra, la fiera y levantisca, le obliga á mantener un gran ejército y á vivir en pie de guerra.

Necesitaba distraer su ánimo de las viejas leyendas de glorias más ó menos auténticas, para convertir toda su atención á las exigencias de su presente humilde, y no oye hablar sino de pasadas grandezas, de Otumba y Pavia, de Lepanto y San Quintín, de grandes hechos, de grandes conquistas y de grandes reyes.

Necesitaba precipitar el paso, tomar el atajo para ganar el tiempo perdido, y he aquí que los institutos místicos de la juventud producen generaciones de cretinos, eunucos del espíritu, ineptos para toda labor, incapaces de todo esfuerzo.

Necesitaba rehabilitar su nombre entre las naciones, que ven sólo en España la tierra clásica de la Inquisición y la patria de San Ignacio de Loyola, é impenitente en la superstición, da al mundo el espectáculo singular de un país que, en momentos supremos para la vida nacional, se entrega en cuerpo y alma á los factores de sus males.

Así discurrimos los corregidores de Almagro que, en forma de radicales, le hemos salido al pueblo español. Así discurrimos, sin considerar que uno de los más castizos refranes castellanos asegura que el loco sabe en su casa más que el cuerdo en la ajena, y otro adagio no menos discreto nos enseña que cada cual sabe dónde le aprieta el zapato. Yo he leído recientemente en alguna parte la opinión de cierto hijo de la Albión périca, que debe ser ó haber sido gran humorista, el cual inglés aseguraba muy formal, que es gran dislate eso de querer civilizar á los españoles, pueblo vistoso y pintoresco, que perdería en tal empeño toda su originalidad sin ganar en cambio un ápice de cultura, resultando así un bárbaro adulterado por la civilización, según la inolvidable frase del estadista que perdimos. Tal parece ser también la opinión del propio interesado, y así lo asevera la prisa que se da en volver á África después de un conato estéril para ingresar en Europa.

Por oponernos nosotros á esa libérrima voluntad de nuestros conculcadores, el pueblo nos mira mal y sus autoridades suelen en su nombre brumarnos las costillas. Y nosotros erre que erre, empujados en que se redima y regenere. Va usted á casa de un enfermo, le recomienda el remedio que debe curarle, y él, en vez de agradecerlo, le pone á usted á puntapiés en el arroyo. Se duele usted de la situación de un amigo vicioso y manirroto, le da buenos consejos, y él, irritado, le quiebra á usted la cabeza. ¿Será cuerdo en usted volver á aconsejar á tales gentes virtudes ó remedios? Esa ciega obstinación es la nuestra. Si el pueblo español está contento con su miseria, con su ignorancia, con su degradación, si le place confiarse á los mismos que le han perdido, ¿qué nos va á nosotros en ello? Sin duda nosotros también sufrimos los Gobiernos polaviejinos y pagamos los impuestos villaverdescos; pero nuestra tenacidad regeneradora no puede sino aumentar la parte alienada que en los males comunes nos corresponde. Nosotros nos preocupamos de los males de la patria, y la patria se va á los toros. Nosotros hablamos de la revisión del proceso de Montjuich, y las gentes de la herida de Reverte. Se necesita una longanidad infinita para no decirle á un pueblo que así procede: «¡Anda y que te zurzan!»

Uno de los oradores más energísimos del club místico de Burgos ha dicho muy formal que los liberales no tenemos patria. Y es verdad. Aquí no hay patria más que para los neos, los jesuitas, los toreros, los caciques y las devotas. Nuestra labor extranjerista ha fracasado. Frustrado el intento de civilizar á España, urge devolverla su característica originalidad. Mucho de flamenquismo, solaces, peteneras, pataitas, canfitas de manzanilla y ¡olé! Mucho de frailes, morjas, lolotas de hábito largo ó corto, novenas, trisagios, letanías, tedumcs, procesiones, rosarios de la aurora, hermandades del pecado mortal y rondas de pan y huevo. Vuelvan los cintarazos, cuclillas, crímenes, escándalos, los ladrones en cuadrilla dueños de los campos y en las ciudades los Guzmanes de Alfarache de nuestros siglos de gloria. Vuelva la bazofia del convento á alimentar á los hidalgos de gotera y vuelva el rey absoluto con sus horcas llenas de liberales y aun su *mija* de Inquisición. Nada de trabajar, de estudiar, de lavarse, prácticas exóticas que nunca usaron nuestros mayores. De esa manera faimos

grandes y así lo volveremos á ser. ¡Grandísimos!

Hay cosas que no pueden ser. Graves preocupaciones inspira las Cancellías europeas el porvenir del aperio mogrebin; pero á nadie se le ha ocurrido hasta ahora la peregrina idea de que Marruecos se regenere.

ALFREDO CALDERÓN

El día 13 y no queriendo los paisanos de Zaragoza llevar los froles en el rosario que recorre todos los años las calles, se dió esta comisión á los soldados de nuestro ejército.

«Esto, dice oportunamente el correligionario que me da la noticia, no pasará inadvertido para las naciones extranjeras, que sabrán sacar punta á costa de nuestra piel.»

«Nadie mejor que usted, añade, con quien estamos absolutamente identificados política y religiosamente hablando, para anticipar su protesta contra ese acto, defendiendo así la dignidad de nuestro ejército y la de la mayoría de los españoles.»

Conste mi protestamás enérgica. Pero quiero hacer algo mejor que eso:

Felicitar á los zaraguanos que se han negado á cargar con los faroles.

Pueblo al que creíamos dominado por el clericalismo y que tne esos arranques, ese pueblo seguirá y superará en su día la tradición liberal de Zaragoza.

CAFRES MÍSTICOS

Blasco Ibáñez está haciendo una propaganda de gran efecto por la región de Levante. Para apreciar su éxito y su oportunidad, baste decir que desierta entusiasmos consoladores para los reubicanos y odiosos terribles entre los clericales. En varios puntos, sobre todo en Burriana, han tratado éstos de atentar á su vida y á la de los valientes correligionarios que le acompañaban. El lunes ocurrió lo siguiente en la estación de Villarreal:

Circuló en aquel pueblo el café la noticia de que iba á pasar Blasco Ibáñez en el tren descendente de Valencia, de regreso del mítin revisionista de Castellón, y ¡qué alegría salvaje y qué rugidos! Dejó á El Pueblo el relato de lo que ocurrió:

«A primera hora se echaron las calles de Villarreal sus curitas jóvenes, sus efebos de seminarios, esbeltos, de tez nacarada y menudo paso, quienes comenzaron á excitar entusiasmo de la santa recua, ya preparada por místico aguardiente de todas las tabernas de Villarreal.

En una calle colocada una bota de sardinas vacía y sobre ella puso sus lindos y graciosos pies uno de los curitas, prometiendo un sermón.

—Ya lo tendré ahí; va á pasar por Villarreal Blasco Ibáñez. Nada importará no entre en la población; basta que pase por la vía para que no le dejemos sin castigo. Acordéis bien de quién es. Es el diputado por Valencia, el que apoyó al impío Morayta, el representante de los herejes que silbaron á Cerralbo y apedrearon á los peregrinos de Roma. ¡Viva el Corazón de Jesús!, ¡viva don Carlos!, ¡viva Cerralbo! ¡Hay que hacer morcillas con la sangre de Blasco Ibáñez!

Un viejo que protestó con tales disparates, fué apaleado por la mística turba; y capitaneados por los seis curas, se dirigieron á la estación unas mil bestias entre mujeres, niños y hombres.

Los niños berreaban ¡viva Corazón de Jesús!; las mujeres, pelonas ó desgraciadas, pero sucias y feas como legítimas beatas, daban en el andén con un guijarro en cada mano.

Corazón santo, tu reinará. Y á los impíos confundirás.

Y los hombres eran los enragados de confundir, enseñando insolentemente zarpas armadas con hachas, pistolas y garros. Como el alcalde de Villarreal es carlista carlista casi todo el ayuntamiento, el arrendatario de los consumos, con todos sus dependientes figuraban en la manifestación armada de carlistas.

El andén de la estación ofrecía un magnífico golpe de vista; algo semejante al aspecto de una tribu bailando la danza de guerra antes del antropófago sacrificio.

«¡Mueran los masones! ¡viva el Corazón de Jesús! ¡Mueran Blasco Ibáñez! ¡Hara vor eu lo que fem de eixe guapo! ¡El trós se gran será com el dit...! ¡Viva don Carlos!»

Llegó el tren. Conocían los señores esas novelas de Julio Verne ó de Maupassant, donde los Píeles Rojas, agazapados en la vía, asaltan los trenes americanos? Pues fué la escena igual.

Mientras el coro de mujeres seguía berreando el trovo del Corazón santo, tu reinará... los santos ignorantes abrían las portezuelas de los coches de segunda y de primera, buscando á Blasco Ibáñez y á su familia.

Intuitivamente es decir el susto que á viajeras y viajeros causó ver asaltado el tren en la estación de un pueblo con aspecto civilizado, por un grupo de gente mal encarada, con armas y con fines tan malos como los de los curas.

Por seis curas que daban vivas al Corazón de Jesús y á Carlos VII. —Pero es que ya se han levantado partidas carlistas? —preguntaban. —Es que nos van á robar y matar á los que no mos de su partido?

A un vecino de Valencia le intentó protestar le pusieron dos pistolas en el pecho; á muchos que se quejaron del espectáculo los golpearon; y mientras tanto las aprendizade barragana, beerrando el Corazón santo y elren parado más de diez minutos, pues el jefe de estación, por miedo, ó por complacencia, según muchos aseguran, procuró retrasar la salida para que la banda de los sacros matabeles se convirtieran con un minucioso registro de que Blasco Ibáñez no iba en el tren. Partió, por fin, éste entre nuevos vivas

al Corazón á don Carlos y muera á Blasco Ibáñez.

El gobernador de Castellón, que al poco rato tuvo noticia de este asalto del tren, se indignó ante tan salvaje atentado, y llamando al diputado á Cortes por Castellón don Fernando Gasset, le hizo saber, para conocimiento del señor Blasco Ibáñez, que estaba dispuesto á reprimir enérgicamente la repetición de tal salvajada.

Blasco se enteró de todo lo ocurrido á las doce de la mañana, haciendo esfuerzos con los señores Gasset, Santa Cruz y otros caracterizados republicanos de Castellón para contener á muchos centenares de correligionarios que, justamente indignados, querían ir inmediatamente por la carretera hasta Villarreal.

A las cuatro de la tarde marcharon á Valencia Blasco, Soriano y Roca, completamente solos en un departamento de primera. Algunos buenos correligionarios les habían proporcionado tres hermosos revólvers Smith con abundante provisión de cartuchos; que tales precauciones son necesarias para viajar por ciertos puntos de España en tiempos de Silvela. Sabían bien que la misma gente de la mañana esperaba en la estación.

Al llegar á Villarreal vieron ocho individuos de la guardia civil que con un sargento procedieron con gran energía á limpiar el andén, custodiando el tren. Tras la balastrada de la estación y en los caminos y pasos á nivel inmediatos había una gran multitud de mujeres desmelenadas y de lanudos manos, de esos que consideran cual un honor tener en su casa como consocios un cura ó un fraile, los cuales daban vivas á Cerralbo y al Corazón y muera á la libertad y á Blasco Ibáñez.

Las curitas de marras lucían por la estación tanta insolencia su garbo dulcísimo de estetas con manto, que la guardia civil tuvo que reprenderles y muchos viajeros les insultaron por su desprecio. Tan repugnante resultaba el espectáculo, que muchos viajeros, enterados de lo que ocurría, prorrumpieron en gritos contra los píeles rojas de Villarreal y sacaron armas para repeler una agresión.

Un viajante de comercio que iba en el tren y por primera vez venía á Valencia, justamente indignado, bajó al andén, y después de estrechar la mano de Blasco Ibáñez, se enarzó con los insolentes curas, llegando hasta echar mano al revólver.

Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, asomados á las ventanillas, contestaban con risas y saludos irónicos á los alulidos de la tribu que insultaba desde lejos. —¡Viva la libertad! —gritó varias voces Soriano con voz estentórea. —¡Os reconozco, animales! Y la tribu imbécil que daba vivas á Cerralbo, influida por el poder de un hombre superior, acabó por callarse.

Al partir el tren, los curas, echándose el manto al tallo y agitando las tejas, dieron la señal con estruendos vivas y muera.

Los que querían matar á Blasco Ibáñez por la mañana y al verle por la tarde permanecieron quietos, se abalanzaron silbando al partir el tren. Arrojan algunas piedras; la guardia civil se echó los fusiles á la cara... salieron todos huyendo y ya no ocurrió más.

Pero lo ocurrido basta y sobra para llevar á los republicanos de sacristía el convencimiento de que están alejando al carlismo, y para decidirlos, si es que verdaderamente son demócratas, (lo que yo no creo) á combatir á los clericales.

Al punto á que han llegado las cosas, se impone este deslinde: ó con la democracia, ó con la Iglesia; ó ayudando á la República, ó con don Carlos.

Y todo lo que sea salirse de aquí, es farsa, mentira...

MARGARITAS A NEOS

Amigo Tomeu, del Puerto de Santa María.

He recibido tarde el artículo que usted me envía contestando á esos republicanos católicos, que se han indignado por lo que usted dijo acerca de ese buen señor Arvilla, por si había puesto la chapa del Sagrado Corazón á la puerta de su casa.

Lo he leído, me gusta mucho, pero, francamente, veo que incurre usted en una candidez insigne; la de intentar convencer con razones y textos á unas gentes que sostienen, sin soltar la carga, que tres es uno, y uno es tres.

No, amigo Tomeu; tales gentes no se convencer de ninguna manera, acaso por estar más convencidas que nosotros mismos de que representan una farsa.

Además, no es posible tomar en serio á un hombre que dice, como ese infeliz Arvilla:

«...atacar á la Iglesia de Cristo, á la Religión más grande de todas, á la única verdadera, porque es la del pobre, la del desamparado, la que ha anulado todos los privilegios, igualado á todas las clases y une en fraternal abrazo á todos los hombres, cualquiera que sea su origen, cualquiera que sea su raza...»

Quien afirma eso, ni sabe qué es la Iglesia, ni lo que ha hecho, ni lo que pasa en el mundo, ni lo que significa la palabra democracia; y, por tanto, pierde el tiempo el que, como usted, amigo Tomeu, publica un trabajo erudito para replicarle.

Los otros dos señores que terciaban en el asunto, el señor Riva (republicano) y el señor Carrajal (que no lo es) quedan contestados cumplidamente en este párrafo de *El Observador*, periódico integrista de esa localidad:

«Si la república, tal como la entiende el repetido señor (Arvilla), nos trae aparejada la consecución de nuestros ideales, la entronización de Jesucristo en la sociedad or-

ganizada llamada Estado, gritaremos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Viva la República! porque esa forma de gobierno nos habrá dado lo que deseamos, aquello por lo que diariamente combatimos...»

Cuando un periódico integrista, que pide para hacernos felices la unidad religiosa y la Inquisición, dice que apoyaría y defendería la República con que sueñan esos devotos correligionarios nuestros, no hay ya más que hablar acerca de lo que la tal República sería.

Y no hablaría más, á no ser porque hoy me hallo en vena de echar margaritas á clericales. Y, por lo tanto, ordeno y mando, que me conteste á esto cualquiera de esos republicanos con chapa y de Chapa.

La Iglesia católica afirma que el poder viene de Dios.

La democracia, que el poder emana del pueblo.

Si me convence cualquiera de esos señores de que tales aforismos contradictorios casan en la realidad, entonces, entonces... continuaré gritando:

¡Guerra al clericalismo!

Y más que á él aun, á los hipócritas que se lo ponen por careta para vivir bien con todos, burlándose en sus adentros de los unos y de los otros.

Y allá va el último cañonazo: Los republicanos somos demócratas. La democracia es liberal.

La Iglesia condena al liberalismo.

Luego esos republicanos que se dicen católicos, están condenados por la Iglesia.

Luego no pueden ser republicanos, siendo católicos, como no pueden ser católicos, siendo republicanos.

Por esto, lo más acertado y lo más lógico es pensar que no son... ni lo uno ni lo otro, sino apreciables cucuinas que bailan al son que les tocan; y como hoy el son es clerical, hacen piruetas ridículas y grotescas á ese son, sin cerrarse del todo para mañana las puertas de la República... Por si acaso.

Entretanto, sirven á la reacción y viven con el jesuitismo.

Y el que sea tonto, y se empeñe en nadar contra la corriente, y en ser digno y serio en política, que se ahogue. Nadara entre dos aguas, y viviría como viven ellos, imitando al murciélago de la fábula.

He escrito estos renglones á escape, más por deferencia á usted, amigo Tomeu, que por la importancia de esos republicanos *chapeados* (mejor sería que fuesen chapados).

El artículo de usted, bien razonado, bien escrito y con citas importantes, les habría proporcionado pretexto para replicar. Estos mal hilvanados renglones, por el contrario, les obligarán á retirarse por el foro, por no discutir con un periódico impto que se burla de las mas santas creencias (lo cual es cierto) en un lenguaje tabernario y soez (lo cual es falso) y porque... (aquí unos cuantos argumentos de la guardarrropia clerical democrática (?)).

En fin, Tomeu; que tanto usted como yo (usted más que yo, porque los ha tomado en serio) hemos perdido un tiempo precioso en contestar á esos católicos con gorro frigio, tiempo que podíamos haber empleado en más útil y honrada labor, blasfemar inclusive. (Autorizo á todos los beatos del Puerto de Santa María para escandalizarse y echar al aire el cuarto trasero.)

Hagamos, pues, propósito de la enmienda; y si un día soplasen vientos favorables á nuestra causa, no olvidemos que, antes que de esos republicanos, será más decente y hasta más previsior darnos de un carlista. Si la religión es lo primero, por esto; y si no lo es, porque, cuando menos, habría dado el carlista más pruebas de convicción que esos señores que intentan *acoplar á Cristo con Robespierre*, dando alientos, de paso, á los carlistas que han tratado de asesinar á Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano.

¡SIGUE EL SAQUEO!

El difunto conde de Rivadavea, hombre de negocios, había hecho una fortuna en Méjico dirigiendo el Banco Nacional, fundación suya.

La actual condesa, su viuda, fué una simple criada de servir con quien se casó y de la que tuvo hijas, una de ellas religiosa, otra casada con una persona distinguidísima por su caballería.

En el hogar de la viuda penetró el P. Sauz, un pezuño vulgarote, al que trajo aquí la Compañía para conquistar criadas, preparando el terreno á los jesuitas conquistadores de señoras, y que al fin, alocionado por su protector, el Padre Labarta, que siempre estaba detrás de él, aprendió el arte de la alta captación.

Desde su entrada en el hogar de Rivadavea, convirtió éste en un infierno á la vez mina de oro para los jesuitas.

La hija, hoy casada, veía con disgusto derretirse la fortuna a tanta costa reunida por el conde y se aterraba ante la perspectiva de una ruina segura. Había cuestiones gravísimas; parientes de la vida y amigos tan sinceros como expertos, le hicieron observaciones muy atencionales. Todo inútil. El brutal y estúpido ignorante casi vive allí; los criados son hechura suya; él lo dispone todo, el coche de la casa lo traía y lo llevaba a ella antes que se trasladara a la actual residencia, la señora toma chocolate servido por el mismo jesuita y por su orden admite o rechaza amistades, negocios, hasta inquilinos en las fincas.

En terreno suyo y a su costa, se ha erigido la suntuosa residencia de la calle de Cedaceros, en la cual sólo la capilla ha costado 92.000 duros al tesoro de la vida, y eso que el terreno era de su propiedad.

Así estaban las cosas y muy disminuido tan fuerte capital en conventos, iglesia, casino de Luis con teatro, velódromo, biblioteca, billares y hasta canchales reservados, cuando el jesuita se ha decidido a dar el gran golpe.

Hace muy poco el apoderado o administrador general recibió orden de la exheredada del conde para poner en regla ciertos documentos antes de ser firmados.

—Señora, dijo él en cuanto se enteró del contenido, esto es un imposible, una monstruosidad, algo inaudito, que ninguna persona honrada puede autorizar.

—El P. Sanz lo ha dispuesto; no puede ser lo que usted cree.

—Lo que yo creo es que si la señora firma esto, se queda en la calle y su hija despojada en cuanto se le antoje a los jesuitas.

Insistió la viuda, y como un escribano viese los papeles, rehusó entender en la operación diciéndole que su honor se lo impedía; pero quizá los jesuitas le habrán proporcionado otro, y a estas horas será propiedad de la Compañía un capitán considerable, habiéndose consumado una ruina más en nuestra nobleza...

EL PAÍS

Los jesuitas, que en todo se meten, influyen ya, por medio de los abonados, en las obras que han de representarse en algunos teatros. En el de la Comedia han rechazado una de Enrique Gaspar y prohibido a la empresa que represente las de Cano, Dicenta, Paso y otros.

¡Qué buena ocasión para demostrar los autores dramáticos que tienen carácter, dignidad y vergüenza torera!

Pero ¿qué nada hacen? Por cada uno independiente y activo hay treinta incapaces de sacrificar una peseta del trimestre en aras del honor profesional.

Lo que no debe fracasar

Silvela es un hombre muy desgraciado. En todo cuanto piensa yerra; todo cuanto toca le echa a perder; todo cuanto intenta le sale al revés; parece que vive bajo la acción fatal de un maledicor; sino contrario debe presidir sus destinos como hombre político; si hubiera vivido en tiempos de Sor María de Agreda, de la que fué erudito panegirista, la sabia madre le hubiera creído poseído de los malos espíritus y a él le hubiera dirigido las epístolas que endilgó al bonachón y mujeriego Felipe IV.

Pero España no tiene la culpa de eso; no puede ser responsable de que Silvela no cumpla el precepto de Sócrates: «Conócete a ti mismo».

La culpa es suya y él solo debe pagarla. Por qué los españoles hemos de sufrir las consecuencias de que Silvela se equivoque en todo, y crea ser lo que no es?

Es un leguleyo mediano con alguna travesura curulesca, y se cree un Licurgo; alguien le dijo que en sus discursos había algunas frases intencionadas y que sus escarceos políticos eran algo artificiosos, y se creyó un Maquiavelo; se unió a Cánovas para alcanzar a su lado y con su favor puestos preeminentes en la política, y cuando lo hubo conseguido y se imaginó fuerte y con personalidad para ponerse en frente de su jefe, intentó suplantarle; pero Cánovas, que lo conocía, le castigó con estas frases despreciativas que luego Silvela se encargó de hacer proféticas: «¡Pobre hombre! No le temo; me importa poco que esté a mi lado o que se separe; es un hombre a quien durante veinte años he estado guardando el secreto de su inutilidad».

Y así ha sido. Apenas muerto Cánovas, tuvo Silvela que hacer esfuerzos inauditos para que una parte de los correligionarios de aquél le reconocieran a él como legítimo heredero y sucesor; aún están recientes los trabajos, disgustos y fatigas que le costó obtener este reconocimiento.

Cuando el partido fusionista después de los desastres de la guerra y de la vergüenza sancionada en París, la monarquía se encontraba sin un hombre de Estado a quien volver los ojos; para sustituir al partido liberal caído no había más que el conservador, y este partido, que jamás para obtener el gobierno necesitó otras garantías que la única y personal de Cánovas, se encontró con que la jefatura de Silvela necesitaba fiadores; hizo la unión con los elementos de Polavieja; éste puso el aval en el pagará silvelista que mereció escaso crédito en donde debía cotizarse, y de este modo poco a poco Silvela pudo ver realizado su sueño de verse algún día en la presidencia del Consejo de ministros.

La aceptación del poder en estas condiciones fué el primero de los fracasos de Silvela. Desde entonces los sucesivos han sido tremendos y se han repetido sin cesar. A los de Sagasta se achaca la pérdida de las colonias. Los de Silvela llevan trazas de originar la desmembración de la Península.

Ciertamente que a los españoles no nos sorprenden ya ni nos asustan estos continuos fracasos y estas tremendas caídas que dan los hombres y los partidos que con la monarquía vienen gobernando; pero hemos de reconocer que ninguna situación política de

las que desde hace veinticinco años se han formado, y eso que han sido muchas y muy malas, han caído tan rápidamente y de tan mala manera como esta actual formada y dirigida por Silvela.

Si éste, por no reconocerse bien a sí mismo, tenía alguna ilusión acerca de sus cualidades de estadista y hombre de gobierno, debe a estas horas estar por completo desilusionado.

Si también creyó, por otro error de los que en su inteligencia son tan comunes, que con su programa de gobierno podía dar solución a los problemas políticos, sociales y económicos que están planteados y pendientes en España y que podía salvar el régimen actual de esta tremenda crisis, debe asimismo haberse convencido de que tal creencia era falsa.

Debe reconocer que por todo y en todo ha fracasado repetidas veces. Así lo reconoce y lo proclama la opinión pública con voces que se oyen en todas partes y con actos que están a la vista de todo el mundo.

Por nuestra parte sólo decimos para concluir, que si esos fracasos se limitaran única y exclusivamente a perjudicar a Silvela y a su partido y a quebrantar al régimen que los sustenta; si las consecuencias de ellos no trascendieran fatal y dolorosamente al país, aun nos tendríamos sin cuidado y podríamos exclamar: «¿Qué nos importa Silvela, ni su partido, ni la monarquía que al fin y al cabo no es más que una forma transitoria llamada a desaparecer por la ley de los tiempos! ¡Allá ellos que fracasen y se hundan cuando quieran!».

Pero como ese hombre, ese partido, ese régimen fracasados pueden acaso arrastrar en su caída y en su ruina a la nación entera, añadimos que los hombres de buena voluntad que aman a España no pueden consentir que esta situación continúe, y deben estar dispuestos para hacer que al régimen actual, a sus partidos y a sus hombres fracasados, suceda otro régimen, otros partidos y otros hombres que, guiados por ideales más nobles, consigan salvar al país, demostrando que aquí queda aún algo sin fracasar.

La energía y la dignidad de un pueblo que sabe defender su decoro, su vida y sus intereses.

JOSÉ CINTORA

Un tal Méndez Conde, obispo de profesión y con residencia en Vigo, ha amenazado con dimitir su cargo, sino le dejan castigar más inquisitorialmente que ya lo han sido, a las dos monjas del convento de la Enseñanza que se quejaron há poco a la autoridad civil de los malos tratos que sufrían.

Que lo dimita, hombre, que lo dimita, y veremos para qué sirve luego. Por mi parte, conste que no lo admitiría para mozo de redacción.

Por lo demás, no deja de ser edificante el caso de un ministro de Dios que se sulfura hasta ese punto, porque no le permiten martirizar a dos pobres mujeres encerradas.

Si no tuviera otras muchas, esta consideración me bastaría para no creer en lo de que Cristo baja a las manos de ningún mortal. ¿Cómo había de dignarse bajar a las de hombres que de esa manera falsean, contrarian, o niegan su doctrina?

Valdría más para su gloria conveñir en que no baja, que reconocer que baja a manos de hombres tan soberbios y tan crueles.

MAGDALENA DUGAS

Se había dicho que martirizaban las Suergas de la Caridad a esta presa en la cárcel de Barcelona, por haberse negado a oír misa. Pues bien; ahora resulta que no es exacto. Hasta últimos de Agosto no fué molestada, y eso que ni asistía a misa, ni confesaba ni comulgaba. La causa de su martirio es otra.

La Dugas es una excelente trabajadora; en el ramo de confecciones no hay modelo que ella no reproduzca con sólo verle, ni prenda que confeccione que no resulte un modelo; y así, trabajaba, por mediación de las hermanas de la Caridad, para una casa exportadora en confecciones de lencería, establecida en la calle de Carpes. Con ella, y bajo su dirección, trabajaban algunas otras reclusas; y si el esquilmo producido de su trabajo no les bastaba siquiera para prescindir del repugnante rancho les servía cuando menos su labor para aislarse en una especie de círculo superior del bajo nivel de la vida carcelaria.

A mediados de Agosto pidió Magdalena a la hermana encargada, le liquidara el trabajo hecho desde Julio. A vuelta de algunos subterfugios y ante los apremios de Magdalena, entregó la hermana ¡SETE PESETAS! diciéndole con sequedad: «éstas son las que le corresponden a usted».

Magdalena sabía que del producto del trabajo correspondía una parte a las hermanas, y tres a las reclusas trabajadoras; lo que no había podido averiguar era el precio a que la casa exportadora pagaba la mano de obra. Lo supo, y por esto pidió la liquidación, o mejor dicho, el pago de la labor hecha, cuyo importe ascendía a NOVENTA y TRES PESETAS descontada la cuarta parte para las hermanas, y a pesar de lo tipo no muy alto a que pagaba la casa exportadora.

Al comprobar que las hermanas de la Caridad LE ESTABAN, sin contar las anteriores defraudaciones, la cantidad de ochenta y seis pesetas, producto de su honrado y penoso trabajo, Magdalena dejó de trabajar, y, por tanto, de ser explotada; pero al acabar la explotación, comenzó para ella el martirio.

(Continúa.)

Me dicen que varios republicanos han dirigido al Directorio de fusión republicana un mensaje pidiéndole que salga de su inacción, que haga algo, que responda a la

confianza que en él han depositado sus correligionarios.

La determinación es plausible, pero el resultado será nulo. El marxismo de los partidos republicanos es tan grande, que únicamente desaparecerá ante un movimiento de opinión inesperado y que nos obligue a todos a tomar en él parte activa.

LO DE LA PLACA

Habiendo sido quitada la del hotel de la calle de Menéndez, no he puesto a la puerta de la dación de El Morín la que guardo.

Aplauda la patencia de que ha dado muestras la autoridad que lo haya dispuesto.

Y van ya tres veces

La indiferencia de mis correligionarios, con ser tan grande no supera a mi terquedad.

Tres veces he propuesto que celebrásemos una reunión, sin finos en matices, de todos los correligionarios que quisieran acudir, elegidos por sí mismos. Nadie se hizo eco de la idea.

Esto me inclina a creer que de ella podría salir algo bueno para la República. Idea que no apoyan los quemangonean, tiene mucho adelantado para resultar provechosa.

En nombre de qué nos reuniríamos? En nombre de la patria en ruinas, de la energía agotada, del entusiasmo agonizante; en nombre de la vergüenza individual, ya que la colectiva ha desaparecido.

Dos o tres mil publicanos reunidos en un punto, sin más fin que este, a salga lo que saliere, quizá hicieran algo. Reunidos para un fin determinado, ya estamos convencidos de que no haríamos nada.

Inconvenientes es esta reunión original? Ninguno. ¿Que no es entendimiento? Seguiríamos como estamos. ¿Que, sin entendernos del todo, nos combatiéramos para algo importante? Eso saldamos ganando. ¿Que no entendíamos? En este caso, lo demás se nos daría por añadidura.

Continuar más tiempo como estamos; es ir a la muerte y a la muerte por asfixia y en un pozo negro.

Para morir así, mejor sería acabar desahozándonos del alma. El suicidio hay casi siempre algún mil honorado que admitir.

Pensemos, pues, en celebrar esa reunión grande, extraña; a donde vayamos todos dispuestos, lo mismo a entendernos, que a desaparecer oficialmente.

Triunfa una endemia salvadora? Esa se imponería, levantando el espíritu de la masa republicana. No resulta nada de la reunión? Pues así prestaremos un gran servicio a España; el de decirle:

«Prescinde de nosotros; de nosotros, que no podemos seguir saludarte al morir, cual fué costumbre en la antigua Roma, porque la vergüenza nos impide alzar los ojos del suelo. Tan sólo es nuestra muerte».

Sospecho que tampoco hará nadie caso esta vez de mi proposición. ¿Caerán de ese modo tantos ridículos organismos por tierra? Pero, en fin, yo como conmigo mismo lanzando a menudo esa idea. ¿Nadie la acoge? Pues me afirmarán lo que ya he dicho; que es buena. Ninguna majadería se lanza al público sin que encuentre en el acto partidarios a millares.

No han creído muchos republicanos, que Weyler iba a suicidarse, sin interés... compuesto ni simple, ni puro patriotismo? Después de esto qué más, ni aun esta mía, podrá ser calificada de absurda por los que han acogido aquella?

Lo que más importa

Realizada la unión de los reinos de Castilla y Aragón, el estandarte español flotó un día sobre los mineros de lafortalezas moras de Granada. La liberación de la patria era un hecho realizado por el empuje de un raza formada al calor de una incha siete veces setar, y España, sintiendo entonces la pléida de una grandeza no superada por ninguna nación del continente, halla estrochas sus límites naturales, se encara con Europa, se desborda por la mar, lanza al azar por mares ignotos sus naves rotas de hombres ávidos de fortuna y de gloria, lleva sus artes, su genio y su idioma a casi todas las regiones del planeta.

Pero en el seno mismo de aquella grandeza, rival de la de Roma los siglos medios, se desarrolla un parásito que tras una lenta incubación halla medio apropiado en las formas absolutistas del reinado de una mujer tan ignorante y fanática como Isabel I, para parásito es el fraile. Y este fraile no es el que se aísla del mundo, flagela sus reos, se martiriza con asperos cilicio y espera muerte entre la oración y el ayuno. No es el que visionario y creyente que sintiendo la nostalgia del infierno se abisma en la melancolía de una existencia puramente contemplativa y sufrida. No es, en fin, el religioso batallador y foz que fanatizado por su fe cubre la estamena de su hábito con el arnés guerrero, se lanza a la guerra empujando con su diestra férrea crucifijo, el signo de redención en arma de guerra.

Los más del fraile que despañta en las postmodernas del siglo XV es el escéptico, el hipocrita, el trágico; el que tomando puesto en el vasto campo de aquella monarquía penetra en el torrente circulatorio de la vida nacional, apaga en sígnesis la llama de una naciente civilización, filtra sus patrañas en la razón de un pueblo fío, se impone con sus faras sobre la voluntad de los reyes, acompaña a los guerreros en sus conquistas, y a manera de inmenso pólo plan sus asquerosos tentáculos sobre todos los intereses nacionales. Y tras aquel hermoso albor de una nación que surgió gigante y capaz de realizar altos fines en la historia, la mano del fraile de pronto la noche

en los cerebros españoles; ante el libre examen y las revoluciones políticas religiosas que conmovieron Europa, levanta el muro impenetrable del Tribunal de la Fe donde se estrellaba el esfuerzo de la razón esclava y nos distancia un siglo del progreso europeo, y al borde de este muro, el tallo de la decadencia por donde España rodó en casu y cuyo término ni aun al presente se alcanza. Los monarcas no fueron desde entonces más que instrumentos ciegos de las comunidades religiosas, y a través de los intereses de estas, siempre contrapuestos a los generales de la nación, se decreta la expulsión de judíos y moriscos, privando a la industria, a la agricultura y al comercio de auxiliares perditimos haciendo decrecer en un tercio la población de España; se consumen tesoros y vidas sin cuento para defender sin éxito en los Países Bajos la unidad religiosa contra la R-forma; se coiman de mercedes y privilegios las distintas Ordenes que van cubriendo de monasterios y abadías el suelo patrio y que a manera de plantas malditas esterilizan el suelo a que dan sombra, y la población sedentaria aumenta en términos de que, bajo el reinado del imbecil Carlos II, forma más de la tercera parte de la nación.

Esta es la obra del fraile; del fraile que como entidad moral es la representación viviente de la intranquencia más feroz, del egoísmo más despiadado y brutal, y cuya figura jamás hallaréis ligada con ningún acto humanitariamente heroico. Nuestros más grandes pintores no han podido descubrir en él ese momento de lo sublime para trasladarlo al lienzo. Disputar víctimas a la muerte en un naufragio, una inundación o un incendio; desprover sus almacenes y despensas para socorrer a un pueblo que parece de hambre; interponerse en las contiendas armadas como elemento de paz y concordia y arrostrar las iras del vencedor protegiendo al vencido... No; eso no. En cambio le han hallado ante el sollo de los reyes siendo el inductor de fieras venganzas y sangrientas hecatombes. Después de Villalar asistiendo con mal disimulado regocijo a la ejecución de los Comuneros; soplando aliento a la inflamante hoguera del auto de fe; atando la vent, con mano trémula de impiente alegría, sobre los ojos de Torrijos y demás compañeros de martirio. Tal es la silueta moral del fraile cuyo poder e influencia han sido y son decisivos en nuestra historia. Ligando astutamente sus intereses a los de la monarquía, ha sabido crear un poder más fuerte y durable que el de esta. Aun en medio de las convulsiones políticas del siglo actual, ante los embates de una crítica pujante y demolidora, ha permanecido inamovible como la roca gigante entre el oleaje. Y a qué se debe esto? Pues se debe a la magnitud de los intereses que ha creado y a la solidez de estos intereses, extendidos a modo de red por toda la superficie del planeta. Las naciones tienen sus fronteras, su idioma peculiar, su historia propia; esto que las separa y divide las estimula al progreso. El fraile no conoce nada de esto; su patria es el mundo; la humanidad, la materia explotable; su familia, la comunidad. Por eso cuando la chispa revolucionaria prende en un país y un decreto lo expulsa de él, se sonríe con sarcasmo y lo abandona sin pena, convencido de que su extranjerismo será temporal y de que sólo una revolución universal podría extinguirle. Por otra parte, todos sus afectos se ahogan en germen entre los pasos de su brutal egoísmo, y poco le importa que el edificio patrio se derrumbe si entre sus detritus puede recoger algún beneficio. El encienso la horrible tea del carisma y hace de sus secuestrados criminales sin entrañas infanticidio en su ser una especie de septuaginta moral; él empuja a las masas en los momentos de fiebre revolucionaria a los más utópicos delirios; él es, por lo demás, el que después de deshechar entre sus manos avaras y desprecios nuestro imperio colonial, se convierte hoy en el maso Pedro que manea diestramente las figuras del retablo separatista, aspirando a recoger entre ruinas el esbozo de un neo feudalismo monarca que convierta la España actual en un enjambre de pequeñas naciones levíticas.

Tal ha sido, pues, la obra del fraile; tal lo es en la actualidad; tal es su propósito para lo futuro.

Combatirle, anularle, es de primera necesidad para la salud de un pueblo. Destruir, aniquilar su institución por inhumana, malsana y funesta, es el deber más imperioso que tiene la humanidad.

ROMÁN GILÓN

La biblioteca de *El Quijote* ha añadido un nuevo folleto a su importante colección. Se titula *El P. Montaña*, y es un acabado retrato físico y moral de ese hombre de inteligencia escasa y vida accidentada, que por trochos y viricuetos ha llegado a ser confesor de la regente y a tener influencia en la política.

El folleto, muy bien editado, se vende al insignificante precio de veinte céntimos en la administración del ilustrado colega, Palma alta, 32 duplicado.

Lo que se aplaude

Prisionero de los filipinos un oficial español, hizo el amor a una india, ofreciéndole canarse con ella; recibió trescientos o cuatrocientos pesos que le dió, y salió para Manila con dos compañeros suyos, presuntos testigos de la supuesta boda, dejando a la india sola y burlada. Embárcase allí para España, siendo al llegar felicitado por el ministro de la Guerra y aplaudido por la prensa, que llama estratagema a ese engaño.

Nada diré de ese oficial ni de sus compañeros: el deseo de libertad ahoga en el hombre muchos nobles sentimientos de que en situaciones normales se envanece. Pero a los que lo han felicitado y elogiado, a esos sí voy a decirles:

Vamos perdiendo lentamente todo aquello en que fundábamos nuestro orgullo, y casi lo primero que hemos perdido es el culto caballeresco a la mujer. Desde el instante mismo que comenzamos a mirar exclusivamente como hembra, o portadora de dote, o socio que ayuda a levantar las cargas matrimoniales, cuando no a mantenernos con el producto de su trabajo o la explotación de su belleza, desde ese instante el hombre ha perdido en España sus cualidades características.

Mientras rindió culto a la mujer, el español fué valiente, activo, fiel cumplidor de su palabra y tuvo todas las arrogancias del hombre que si comete faltas, que si es brutal, que si es feroz, no se revuelca nunca en el fango de la indignidad o la bajeza. Cuanto dejó de rendirle ese culto, se convirtió en lo que es hoy: un ser cobarde, bajo, egoísta, sin un sentimiento noble en el corazón ni un pensamiento elevado en el cerebro. De aquí todo lo que nos ha ocurrido y nos ocurre; de aquí la degeneración en que estamos; de aquí la imposibilidad de redimirnos.

En otros tiempos, la acción de ese oficial habría merecido general reprobación; hoy se aplaude, porque hay muy pocos hombres que, puestos en su caso, no hicieran lo mismo. ¡Guardar respeto a una india! ¡Quijotismo puro! Por algo nos consideramos superiores a la raza que nos ha arrojado de allí. Prometer a una india lo que no se lleva ánimo de cumplir; tomar el dinero que entrega para facilitar el cumplimiento de esa promesa, y huir de ella, burlándose de su candidez ¡oh! eso no tiene importancia alguna, mejor dicho, merece vitores y alabanzas. Y la prueba es que ese oficial los ha recibido.

Pero yo no hablo de ella, ni del que tal ha hecho; sólo lamento que sean españoles los que lo han aplaudido, y que pasen por bien nacidos y caballeros, olvidándose de lo que hacían nuestros antepasados para merecer ese calificativo.

Comprendería que se tributaran elogios y aplausos a ese oficial, si, agradecido al amor y los sacrificios de la india, se fuga con ella y la hace su compañera. Mas elogiarse por haberla engañado, apañarse porque recobró la libertad merced a ese engaño, esto no se concibe en hombres que guardan en su memoria hermosas leyendas de sacrificios amorosos en épocas en que hasta la diversidad de religión podía haber servido de disculpa a deslealtades y perjuros.

Si ese oficial empeña su palabra de honor a Aguinaldo, de volver si le permitía ir a Manila, y no la cumple, habríasele creído deshonrado. Se la dió a una mujer, y se le elogia por no haberla cumplido.

Indudablemente hemos degenerado mucho.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a *El Motín* a 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

¡Apreciables señores!

El cura Buas, carlista y tal vez por esto párroco de San Lorenzo, es, según dicen un colega que conoce el paño clerical, ordinario y apañado, pero franco, muy hablador, algo juerguista y aficionado al bello sexo; en cambio carece de talento, no es orador, trata al clero con dureza, no le paga bien, capta y casi rapta jóvenes para los conventos, y está adornado de otras virtudes parciales.

Por estos antecedentes, antes de explicar un lio en que ahora anda envuelto ese cura, para que mis lectores puedan formar juicio con conocimiento de causa.

Un pobre hombre se encuentra 300 pesetas en billetes de Banco, pregunta al primero con quien topa, que fué el Bocos, si son suyas, y se las entrega al decirle que sí.

Un tornero, testigo del hecho, afirma que no son del cura, si no suyas; escámasse el infeliz que se las encontró, intervienen otras personas y el delegado de policía, hablan varios periódicos, y...

El cura sigue con el dinero y ha dado lugar a que se forme un proceso; él, que acumuló unos tres mil duros al año, casa, y muchas becas, es decir, pierres.

Este hecho ha dado pretexto a *El País* para sacar a escena otros párrocos madrileños, en esta forma:

«La verdad que estos párrocos de Madrid dan que pensar. El de San José consiente que su Padrastra escamotee dinero de misas aunque sea llenando de firmas falsas los recibos y se excusa diciendo que a ello le obliga el secretario Alcolea».

El cura de San Ginés también dió hace tiempo que era suyo un billete de 500 pesetas que el presbítero sacristán mayor se había encontrado en la sacristía, e igualmente ingenuo, le preguntó si lo había perdido.

El de San Sebastián ha estado fuera de Madrid, o todavía lo está, huyendo de cierta familia que fué a buscarlo en son de guerra por si él una muchacha le había faldado o sobrado una vez que la tuvo a solas en su gabinete.

Al de San Justo le tienen que formar expediente por si los libros del archivo ofrecen irregularidades y si allí se hacen bodas a granel faltando ciertos requisitos.

Por último, es de San Lorenzo atrapa esos cuartejos no muy correctamente...

¡Qué honor para la clase!

El que ha escrito esas líneas da así como a entender en la última, que los que ésta favorecen poca a la clase parroquial. No estoy conforme con él en eso. Yo creo que esos párrocos no son peores que los otros. Y más aún: que los hay peores que ellos.

Y conste que no niego nada de lo que el articulista dice y hasta sostengo que ha pedido decir mucha más.

¡Pero muchísimo más!

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Los diputados guardaron silencio, lo cual probaba que la mayoría estaba convencida de que no había otra solución que la propuesta por Alcalá Galiano, como lo confirmó el que, después de discutirse, fué aprobada por 90 representantes. En su virtud, y después de mil ratillas para retardar la marcha, emprendieron el día 12 de Junio la regencia, el gobierno, una columna del ejército, la milicia nacional y la real familia. Y dice un historiador, que apenas salieron, «la villa se convirtió en teatro de lamentables escenas. Los blancos (papel de los realistas) vengativos y cobardes, al verse dueños de la ciudad se desataron cruelmente contra los negros.

Los liberales habían dado en la mala de distinguirse con escarapelas, cintas y tules verdes, símbolo de la esperanza, ó moradas, por estimar el morado, aunque sin razón, el color de las banderas de las comunidades. Frente a estos colores, los absolutistas adoptaron el blanco, por ser blanca la bandera de los Borbones, y de aquí que, llamándose ellos blancos, dijera a los liberales negros.

Durante aquella revolución, la palabra negro sustituyó a la de liberal, y por esto, desde los primeros momentos del triunfo de los blancos, ocurrieron algunas escenas que acabaron en riñas y en lesiones, ya por pedir el bebedor al tabernero vino negro, ya por contestar el tabernero a quien le pedía una copa, «lo quieres blanco ó tinto? Estas denominaciones eran aún usadas al fin de su enardecimiento.

Antes de comenzar la noche, las campanas de la Giralda comenzaron por orden del clero a tocar a rebato. El populacho de Triana y con él buen número de gitanos desarrapados, lanzáronse por las calles y plazas de Sevilla, atronando los aires con el grito de «Viva el rey absoluto! y tras insultar y golpear brutalmente a cuantos creían liberales, asaltaron y saquearon las casas que habitaban los diputados y los cañes en que acostumbraban a reunirse, cometiendo todo género de atropellos y desmanes.

Algunos allanaron el edificio donde las Cortes celebraron sus sesiones, y otros, en número considerable, dirigieron al río, abordaron una goleta en la cual se habían embarcado varios diputados y empleados de las Cortes con los archivos y papeles, y después de aboletarlos y apañarlos, arrojaron al Guadalquivir cuantos papeles hallaron a mano, llevándose los equipajes y demás objetos de valor que encontraron a mano. Don Bartolomé Gallardo perdió allí muchos manuscritos producidos de su labor de largos años, y el diputado y famoso botánico Lagasca, un herbario tinto en precio exorbitante. Durante aquellas iniquidades, los cañones entonaban un solemne *Te Deum*...

El 15 llegaron las Cortes y el rey a Cádiz; ellas continuaron sus tareas y él buscó nuevos medios para seguir entendiéndose secretamente con el duque de Angulema.

La declaración de la incapacidad del rey hecha por las Cortes en Sevilla y el nombramiento de la Regencia allí instalada, dióles pretexto para arrojarse la carta del todo y decir a Fernando VII en 16 de Junio: «Confiad en vuestro gobierno, que será constante en perseguir a cuantos en una rubia infame han cubierto de luz nuestros corazones.» Y declaró a todos a cuantos diputados votaron la deposición de Fernando, y los senecieron por sí y ante sí, y sin fórmula alguna de juicio, a la pena de muerte.

De día en día, desde que los franceses entraron en España, la situación de los liberales era mis insostenible. En Zaragoza el populacho, conducido por frailes y curas, metió en la cárcel por su propia autoridad más de 1.500 personas, insultándolas y golpeándolas gravemente; en Navarra el *Trapieste* cometió escándalos y tropelías que no pueden escribirse; en Roa fué asaltada la cárcel sacando algunas víctimas con horribos detalles; en Madrid las cárceles se atestaron de liberales; por el sólo delito de tener dinero con que comprar su libertad; en la Mancha el *Locho* y sus hombres asesinaban, saqueaban, esclavaban casas para robarlas y violaban mujeres en cuantas poblaciones penetraban; en Córdoba, a las voces de viva el rey absoluto encerraron en la cárcel pública algunos centenares de personas conocidísimas por su alta posición, las arrojaron en un pilón lleno de agua, insultándolas frías y brutalmente; en Zamora, acibillaron a palanquetas a un funcionario público, por oponerse a los atropellos realizados por los blancos. Y cómo no, si desde los pulpitos se alzaba tan feroz discordia, y se excitaba a la persecución y el exterminio?

Entras los realistas se entregaban a todos los crímenes, los franceses llegaron a Sevilla y continuaron su marcha hacia Cádiz.

El *monito* hacía una vida retraída, entreteníendose en echar cometas desde una torre del edificio de la Aduana, donde moraba, y que le servían para entenderse con los franceses, que ya estaban en Cádiz; lo que no le impidió decir en el discurso de clausura de las Cortes: «La Providencia divina quiere probarnos de todos modos; mas yo confío, señores, en que al fin ha de conocer el triunfo a la justicia de nuestra causa... Sea la Constitución nuestra divisa, la independencia, la libertad, el honor nacional nuestro único deseo, y una constancia imperturbable la que opongan siempre a desgracias que no hemos merecido.»

Y decía esto, a la vez que aprobaba el programa que, a poco de instalarse y con aprobación de Angulema, había de dar la regencia de Madrid proclamando el absolutismo de verdad; restableciendo en 21 de Junio, para que las obras marchasen de acuerdo con las palabras, los conventos de frailes suprimidos, devolviéndoles sus lucas sin indemnizar a los compradores, lo mismo que a los jesuitas; revocando más tarde en Septiembre el decreto de las Cortes por el cual se incorporaron al Crédito Público los bienes raíces, derechos y acciones de las capellanías vacantes, ermitas, santuarios, cofradías etc., y ordenándose volvieran a las cajas del clero estos intereses destinados a satisfacer la deuda del Estado.

Al contestar los liberales al discurso de clausura de las Cortes pronunciado por el rey, no quisieron tragarse la píldora, y le devolvieron la palabra por boca del presidente don Juan Pedro Zuñiga, diciendo: «El presidente de la Nación, sólo puede hallar abogo en la pérdida ingratitud de los principios que se envilecieron y prostraron ante un militar osado; ni pueden tener apoyo y complicitad sino en españoles degradados, para quienes sean absolutamente extraños los sentimientos de honor é independencia nacional.»

Aunque para comprender lo cínico que era aquel *fin*, nada como esto. Cuando el duque de Angulema llegó frente a Cádiz y le escribió diciéndole que iba a darle la libertad por la fuerza, le contestó:

«Mi querido hermano y primo: He recibido la carta de V. A. R. fecha 17 del corriente, y es en

verdad muy particular, que hasta el día no se me han manifestado las intenciones de mi hermano y tío el rey de Francia, cuando hace seis meses que sus tropas invadieron mi reino, y después que han ocasionado tantas penalidades a mis súbditos que han tenido que sufrir esta invasión.

El yugo de que crea V. A. R. haber librado a España no ha existido nunca, ni jamás he estado privado de ninguna libertad, sino de la que me han despojado las operaciones del ejército francés. El único modo de devolverme la sería dejando poseer la suya al pueblo español, respetando nuestros derechos como respetamos los de los demás, y haciendo que cesase a poder extranjero de entrometerse en nuestros asuntos interiores por medio de la fuerza armada.»

Lo que ocurrió después, sabido es por todos; las puertas de Cádiz se abrieron a cañonazos y comenzó desde aquel momento la reacción más terrible de la Historia.

Para comenzar a pintarla, nada mejor que este artículo en que don José Olózaga describe la salida de Cádiz del rey.

(Continuad.)

El general Weyler, después de haber aceptado el cargo que los conservadores le dieron, ha renunciado a ocuparlo, en vista sin duda de las despreciativas caricaturas que le ha hecho la prensa.

Es lo mismo. Ni en el cargo ni fuera del cargo sirve para nada, ni como militar, ni como político. Y en su hoja de servicios como hombre, sólo tiene esta nota, que pudiera muy bien ser mala: «Hizo una gran fortuna.»

Dicen que ha renunciado porque esperaba que fuese unido al nombramiento para la presidencia de la Junta consultiva de Guerra, la concesión de la gran cruz de San Fernando.

«Con cuánto al mes!» Tratándose de Weyler esto es lo primero y casi lo único que hay que preguntar.

LA HONRADEZ

Oigo hablar de honrados entre nosotros, cual si la honradez fuese una cualidad y no un deber en el individuo.

Los que tal división establecen, olvidan que la palabra honradez tiene escaso crédito en política desde que se propusieron a llamarse honrados aquellos ridículos y cobardes vecinos que en Madrid se armaron el 73 para defenderse de los infelices republicanos que con nadie se metieron, (falta imponderable), y desde que se aplicó el calificativo de honradas a las masas de asesinos é incendiarios que en Cuenca y otros puntos perpetraron fusilables hazañas.

Mas dejando esto a un lado, y rindiendo a la honradez cuantos homenajes y respetos merece, quiero decirle a qué viene hablar de ella? Así como al militar que nunca tuvo ocasión de batirse se le supone el valor, así la honradez, mientras no se demuestre lo contrario, debe suponerse en todo ciudadano. Y conste que no quiero entrar hoy en disquisiciones para probar que los verdaderos miserables, los mayores canallas se encuentran siempre entre los que blasonan de honrados. El que hace una profesión de la honradez, suele resultar un pillito.

Y diré más: aun cuando fuera posible determinar de antemano los que son honrados y los que no, maldito lo que adelantáramos. Una República de honrados podría caer deshonrada, como ocurrió a la del 73. Por el sólo hecho de ser honrados, no sirven los hombres para gobernar; si así fuese, aún estaríamos en República. Todos, absolutamente todos los hombres del 73 fueron honrados, pero de menor cuantía, de a céntimo.

Salmerón renunciando al coche del ministerio; Pi tomando un café con media tostada en Gobernación, realizando el ideal de la honradez... hortelil; pero qué bienes nos vinieron con aquella gracia? Hubiera comprendido que el señor Salmerón se fijara en el coche para mandar que comprasen caballos mejores a fin de llegar más pronto a donde hubiera que desbaratar planes de los enemigos de la República; que el señor Pi se comiese lo mejor que hubiera entrado en Madrid, si su organismo se lo exigía; era cuestión de cinco pesetas más ó menos; mientras el perder la República ha representado millones de millones para el país, ríos de sangre, mares de lágrimas, pérdida de Colonias, y lo que es peor que todo eso, aumento de infidelidad y escepticismo. Claro es que todo lo que hicieran fué honrado, muy honrado; pero ¡qué pequeño! ¡qué mezquino!

No confundamos los términos. Lo que la patria necesita no es una República de honrados, sino una República honrada. ¿Que un individuo falta a su deber? Y qué, habiendo propósito decidido de que la ley se cumpla y la justicia triunfe? Pues apenas hay en España cárceles y presidios donde archivar al que delinca!

Y para que la República pueda ser honrada, lo primero que necesita son hombres capaces, resueltos, enérgicos, que sientan la moralidad y la honradez a altas dosis; hombres de amplio espíritu, de elevado pensamiento y de mirada que abarque el conjunto; hombres de Estado, en fin, que no se detengan ante ningún obstáculo para sacar incólume de todos los peligros y enaltecer por todos los medios la forma de gobierno que se encomienda a su talento, su pericia, ó su carácter.

Para servir a la patria y merecer un puesto en la historia, la honradez, a la manera que la entienden algunos hombres, significa bien poco. En el sentido estricto de la palabra, fueron honrados César, el Cid, Carlos I, Mirabeau, Danton, Napoleón, y tantos otros que aclamamos por héroes y por grandes hombres? ¿Lo ha sido Bismarck en nuestros días, ni, por regla general, ninguno de

los políticos de talla? Y no obstante ¿no han servido a la causa de la civilización mucho más que las pilas de honrados que han ido sucesivamente pastando oscuramente en el planeta?

Callen, pues, los que quieren establecer esa división entre nosotros; primero: por ser imposible establecerla; segundo: por no cometer injusticias, dado que los honrados por patrón, ó con arreglo a la ley, suelen ser unos solemnisimos bribones; todo el que roba en el peso ó la medida, el que abusa del cliente, el que se aprovecha de la necesidad ajena, pasa por honrado, y, sin embargo, merece el presidio; y tercero: por lo que ya he dicho; porque una República de honrados pudiera ser una calamidad terrible; lo contrario que una República honrada.

Y para acabar: ¿cómo suponer siquiera que no se compone de honrados un partido que lleva 25 años en la oposición? Solamente con no haberse pasado a la monarquía, todo republicano ha acreditado de sobre su honradez.

Fraternidad cristiana

Si un día Europa entera se hase a cincarazos, contaría desde luego con 5.250.000 soldados, que ampliaría hasta 44.250.000 si la guerra durase. Y para dejar la civilización bien puesta, emplearía fusiles que alcanzan 3.500 metros de distancia, pudiendo la bala atravesar los huesos de un buey después de haber atravesado cinco hombres; cañones quince veces más poderosos que los que se utilizaron en la horrible guerra franco-prusiana, con los que puede destruirse totalmente un cuerpo de 10.000 hombres antes de que haya recorrido 2.000 metros en dirección de una posición fortificada, bajo 4.450 cañonazos que producen 275.000 balas y explosiones. Y como contraste, para esterilizar los mortíferos efectos de las máquinas de guerra, reflectores de radiaciones eléctricas paralelas que abarcan una fortaleza y una escuadra.

Todas las naciones que disponen de tan humanitarios medios para manifestar su amor al prójimo, creen en la religión de Cristo, ya como católicos, ya como protestantes, ya como cismáticos.

La religión de Cristo es, según dicen, de paz y amor.

¡Ateme usted esta mosca por el rabal!

MILAGROS

Señor don José Nakens.

May señor mío: Voy a satisfacer el deseo de usted de conocer el resultado de las observaciones que hizo la comisión nombrada al efecto en la persona de Rosa Moracho, conocida por la Santa de Benabarre, aunque defraude sus esperanzas de encontrar en mi nuevo relato hechos más sensacionales que el milagro de los negros que que debió ante la comisión la presunta Santa.

Conducida a una casa particular en compañía de una mujer que la sirviera, se constituyó una guardia permanente que no la permitiera de vista ni de día ni de noche. Fuera de esto, la incomunicación fué tan rigurosa, que no bastaron las suplicas de los curas, ni de los padres y hermanos de la Moracho, que hasta entonces no se habían ocupado de ella, para que el Delegado consintiera en que se confesara, privándola de su único alimento. Tal vez influyera en el ánimo del representante de la autoridad civil la natural reflexión de que, siendo santa, no había de tener pesados que confesar de un día para otro, porque, de tenerlos ¿cómo había de ser santa? y si no los tenía ¿cómo había de necesitar ese acto de reconciliación en el Señor con cuya estaba?

Lo cierto es, que durante los dos primeros días se pasó sin alimento de ninguna clase, pero al tercero aceptó y tomó con avidez y gusto un chocolate sin que a su vista sufriera ningún efecto alguno, como aseguraban que le sucedía siempre, por cualidad insita, en presencia de cualquier vianda. Los efectos del ayuno se dejaron sentir, sin embargo, y de haberse prolongado algún día más, hubiera sido otro milagro que no se la llevaran los negros para dejarla después, no en el trigo de la cerca, sino en algún nicho del cementerio.

Creyeran los médicos necesario estudiar la calidad de la sangre que, según las gentes, no salía de sus venas aun cuando se pinchara en ellas, y al saber lo de la sangre de tal modo se alteraron los ánimos, que hubo necesidad de poner sobre las armas a los cuatro carabineros y la Guardia civil para evitar que los blancos repitieran con más fortuna la suerte de los negros.

Un médico observó bajo el vestido de la joven un bulto que le pareció sospechoso, y se acordó un registro minucioso que hasta entonces se había omitido, tanto por ser innecesario por la constante vigilancia establecida, cuanto por consideración y respeto al pudor de la doncella; al efecto se llamó al subdelegado de medicina que la había asistido en el convento, no por hallarse enferma, sino para observarla y poder dar fe de su inexplicable abstinencia. No dando resultado el reconocimiento que hizo dicho señor, el médico de la sospecha practicó otro, logrando apoderarse de un saquito que tenía atado a la cintura y que había defendido como hábil prestidigitadora, a pesar de no contener más provisión que algunas partículas de substancias que no pudieron clasificarse con precisión. ¿Que para qué llevaría aquel saquito? Averigué Vargas, si averiguó ya, qué fué primero, la mentira ó el sastrero. (1) En cuanto a ella, no lo diría seguramente más que a su confesor.

Una noche, no pudiendo resistir a la necesidad de confesarse con alguien, lo hizo con el médico de guardia, que salió con las manos en la cabeza haciendo aspavientos. Esto picó la curiosidad del Delegado y quiso penetrar los arcanos misteriosos de aquella vida sencilla, para lo cual, sustituyendo al médico, tuvo una entrevista con la joven, que se mostró tan amable y complaciente como lo hubiera estado con cualquiera de sus padres espirituales, y sabe Dios las consecuencias que habría tenido la información practicada por dicho funcionario, de haber podido prescindir del carácter de autoridad de que estaba investido.

Usted comprenderá que, tratándose de revelaciones íntimas y secretas, sería una indiscreción que yo las comunicara a usted para que las diera a luz, aun cuando esta omisión quite a mi relato la parte más sustancial é edificante.

Formado el diagnóstico facultativo, tanto si es

Quevedo. Viaje de los chistes.

lógica como patológicamente, y resultando que en aquel momento histórico no se hallaba la joven Moracho asistida de la gracia divina, ni en posesión de las facultades sobrenaturales de que había dado tan repetidas pruebas en el convento, el representante del gobernador convocó a una reunión pública, en la que se dió a conocer el resultado obtenido por la comisión, propiciandole ocasión a las métricas para hacer comprender al subdelegado del partido, que había sufrido una angustia ó una alucinación telética. Si el estado de la joven entonces era un eclipse pasagero de su santidad, no podía apreciarlo la comisión, y para aclarar este punto, se pasaron al juzgado las diligencias practicadas, poniendo a su disposición a Rosa Moracho.

Usted dirá que en todo esto no aparece ningún milagro que merezca los honores de la publicidad; pero es que el milagro viene detrás, y consiste en que el oficial del gobierno a quien se confió misión tan delicada, a pesar de sus desmanes y tropelías, no sufrió más castigo que la animadvertencia del pueblo y el visto puesto en su informe. ¿No merecía algo más por haber amenazado con el registro del convento, sitiarlo con fuerza armada y apoderarse de la joven para incomunicarla, dejándola sin confesión, que era tanto como condenarla a muerte? ¿Con qué motivo la entregaba al juzgado, cuando sólo pudo probarse que, durante la observación, la Santa no lo parecía, sin demostrar que no lo había sido antes ni podía serlo después? Así sucedió que, sobrecogida la causa, fué reintegrada la Moracho en su santidad y devuelta al convento en que se repitieron las funciones y los donativos, volviendo todo a su estado natural y sobrenatural. Creo que pasado algún tiempo se fucó nuevo procedimiento judicial y aun el decir que la Moracho había fallecido en la cárcel, pero esto, en último caso, sólo significa que ella no quiso valerse de negros ni de blancos para salir de su prisión, prefiriendo sufrir el martirio y la injusticia de los hombres para mayor merecimiento ante Dios y purificación de su alma, sobrepasándose a las amarguras y miserias de la vida terrenal.

Y dígame a usted, señor Nakens, que si con los tres golpes que le he dado no se convierte usted, los redactores y lectores de *El Motín*, y hasta los cajistas que lo componen, levanto el sitio y me retiro por el foro a meditar en el rincón más oscuro de mi casa.

De usted afectísimo atento s. s. q. b. s. m.

Onox CARO

Continúa el *Boletín del ayuntamiento*, publicando larga lista de tenderos dedicados a la despoblación de Madrid.

Lo cual prueba que las autoridades no les aplican las penas que merecen, porque, si lo hicieran, ya se emendarían.

Y por cierto que me extraña que entre los artículos adulterados no figuren ni el vino ni el aguardiente, siendo los que más víctimas causan.

Se piensa ya por los tenientes de alcalde en las nuevas elecciones?

LAS BOCAS INÚTILES

El día en que de modo indudable quedó demostrado que el tío Francisco no podía ya trabajar, su mujer, mucho más joven que él, muy viva y de brillantes ojos, le dijo:

—Amigo mío, todo tiene su término en este mundo. Eres más viejo que Matusalén... Te acercas a los ochenta... ¡Hay que resignarse y descausar!

Cuando vió que ni el pan ni la bebida estaban sobre la mesa, según costumbre, el tío Francisco sintió frío en el corazón. Con voz temblorosa y humilde, como el que implora, dijo a su mujer: —Tengo hambre... dame siquiera una corteza de pan...

Entonces ella, sin cólera, contestóle: —¿Con que tienes hambre, eh? Es una desgracia, pero nada puedo hacer. Cuando no se trabaja no hay derecho a comer; es preciso ganarse el pan que uno se come. ¿No es cierto? Un hombre que no trabaja no es hombre... Es menos que nada; peor aún que una piedra en un jardín, que un árbol seco arruinado a la pared...

—Bueno puedes advertir, mujer, que ya no puedo más... objetó el buen hombre;—yo quisiera... pero estas picaras piernas no me dejan, y los brazos no quieren ya moverse...

—Nada tengo que echarle en cara; pero ¿has mita la culpa? ¡Hay que ser justo ante todo...! Has trabajado y has comido... No trabajas ya, luego no comes... Esta es la cuestión, y no hay más que hablar. Y si no, dime: ¿dónde irías a la cunadra a cuerpo regalado un caballo que no pudiera mantenerse derecho? ¿Lo mantendrías?

—No contestó noblemente el tío Francisco, a quien aquella comparación pareció agobiarle más aún por su implacable justicia.

—Pues entonces ¡ya lo ves! hay que ser razonable. Si tienes hambre cómete un pan, guardando el otro para mañana...

La mujer iba y venía de un extremo a otro de la habitación, arreglándole todo y preparando el trabajo para el día siguiente. Era preciso que ella trabajara para él, y a fin de no perder tiempo destrozaba a bocados un pedazo de pan negro y una manzana verde cogida al pie de un árbol del patio.

El pobre tío Francisco la contempló con ojos tristes, conociendo entonces por primera vez lo que es una lágrima. Sintió en sus huesos aquellos pesados golpes, sabiendo que ni discusiones ni súplicas serían capaces de enternecer aquel corazón más duro que el hierro. Además, tenía conciencia de que la pena terrible que lo aplacaba, la hubiera aceptado ella para sí misma, sin desahogar alguno, pues era clara, justa y legal. Así fué que, sin convicción y con el azar, dejó escapar estas palabras:

—¿No tenemos algunas rentas?...

—¿Aguas rentas!... replicó ella con vivaz. —

—Vaya, vaya... ¡Has perdido la cabaza, indudablemente! Si tocáramos a nuestras rentas, ¿dónde iríamos a parar? ¿Qué diría nuestro hijo, para quien las hemos ganado? No... no... trabaja y tendrás pan... ¡No trabajas, nada tienes! Esto es lo justo y así debe de ser...

—Está bien—dijo el tío Francisco fijando la vista con avidez en la mesa vacía, que en adelante estaría siempre así para él...

Se incorporó penosamente, lanzando comprimidos ayes de dolor, y se dirigió a la oscura alcoba, cuya puerta se abrió para él como la losa de un sepulcro.

El último y terrible trance tenía que llegar, como en su día llegó para sus padres, a quienes, considerables inútiles para el trabajo, con rigor implacable les rehusó también el pan de sus posteriores días. Hacía algún tiempo que veía acercarse aquel momento. A medida que sus fuerzas

disminuían, reducíanse también las porciones de su comida, calculadas con parsimonia. Desde luego tuvo que resignarse a roer los huesos de la escasa ración de carne del domingo anterior, después a devorar un plato de legumbres, y cuando ya no le quedaba más sustento que el pan, se lo quitaban de la boca!

No profirió ninguna queja, disponiéndose a morir como una planta agostada cuyos tallos secos y podridos raíces no reciben ya los jugos de la tierra.

El, que jamás había soñado, tuvo aquella noche una horrible pesadilla. Sonó en la cama última que había sacrificado, en aquel pacífico y blanco animal de negros cuernos y larga barbilba. Después de haber criado gran número de lindos chivatos y dado abundante leche, sus entrañas se esterilizaron, secándose sus ubres. Su alimentación nada costaba; atada a una viga todo el día a algunos pasos de la casa, pastaba en un terreno comunal, dando alegres balidos cuando alguien pasaba a lo lejos.

Hubiera podido dejarla morir; pero una mañana, siguiendo el criterio de que lo que no produce debe desaparecer y morir, la degolló.

Suó en la tierra mirrada de la cabra, en el afectuoso y postro reproche que envolvía su suave mirada en el momento que, tendiéndola sujeta entre sus piernas, le hundía el cuchillo en su cuello ensangrentado.

Al despertar, con el espíritu agitado por aquel sueño, el tío Francisco murmuró:

—¡Es justo!... Un hombre no es más que un hombre, así como una cabra no es más que una cabra... No hay más que hablar... ¡Es justo!...

El tío Francisco no tuvo para nadie una reanimación ni una protesta; no abandonó ya la alcoba, permaneciendo en la cama echado boca arriba, con las piernas estiradas y juntas, los brazos plegados al cuerpo, con la boca abierta, cerrados los ojos, inmóvil como un muerto. En tal posición no sentía dolor alguno ni pensaba en nada, presa de continua somnolencia que le alejaba de este mundo, sintiéndose envuelto en una nube blanquecina, ilimitada, surcada de pequeños destellos de luz roja, a cuyo resplandor veía bullir minúsculos insectos de fuego.

Al marcharse su mujer al trabajo, por la mañana, le dejó encerrado bajo llave, y al regresar no le dijo nada ni le miró siquiera, acostándose cerca de la cama, en un jergón, donde durmió con profundo sueño.

Al rayar el alba se levantó, entregándose a sus quehaceres ordinarios con la misma actividad é igual conciencia del orden y aseo de la casa que siempre había tenido.

Parciéndole próxima la muerte de su marido, zureó cuidadosamente su ropa, que colocó en un rincón del armario, y fuése a avisar al cura para que viniera a confesarlo.

—¿Qué es eso tío Francisco?—le preguntó el sacerdote.

—La vejez, señor cura...—contestó ella con energía.—La muerte, que ha llegado al fin para este pobre hombre.

El sacerdote administró al enfermo, y después de rezar algunas oraciones, se retiró pausadamente.

Al otro día, al entrar la mujer en la alcoba, no oyó la respiración fatigosa del día anterior.

—¡Muerto!—exclamó en tono respetuoso. Cerró los ojos al tío Francisco, cuyos párpados se habían vuelto en el momento de exalar el último suspiro, y quedóse en actitud pensativa contemplando el cadáver por espacio de algunos segundos.

—Fue un hombre honrado y económico—dijo—y supo conducirse bien durante su vida. Voy a ponerle una camisa nueva, su traje de boda y una sábana limpia. Y si mi hijo no se opone, allá iremos una sepultura por diez años como si se tratara de un rico.

OCTAVIO MIRBEAU

Dios es justo, omnipotente y sabio; sin su voluntad no se mueve ni la hoja del árbol; ha ofrecido velar por la iglesia católica hasta la consumación de los siglos, y, sin embargo, hay quienes suponen que va a hundirse la barquilla de Pedro, si cualquiera discute algo de lo que ellos fingen creer.

Quisiera convencerme de la existencia de Dios, para procurar ponerme al habla con él y decirle:

«Baja a la tierra, entérate de la pillería que vive tomando tu nombre en boca para deshonrarlo, y ten un arranque digno de tu omnipotencia.»

Y poquito que me gustaría verlo bajar con el látigo de marras, entrar en los templos, y ¡zis zas!, echar fuera a los mercaderes!

Aunque ¡ah!, son tantos, que tal vez, y a pesar de su omnipotencia, dejara la tarea por imposible y se volviera desesperanzado al cielo.

Celebróse el día 6 del actual en La Jannera una manifestación protesta contra los crímenes que los carlistas cometieron en igual día de 1873.

Como este año no había consignada cantidad alguna para sufragios, se plantó el cura en la puerta del cementerio católico donde están enterradas las víctimas, y no permitió que entrasen en él los manifestantes ni cantasen el coro de costumbre.

¡Ah!, los centímetros! Ellos son para los cléricales, toda la religión, toda la ley, todos los profetas.

Y luego dicen que yo digo!...

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *El Motín*.

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTIV, por «El Motín». Con láminas.

LA INFELICIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, por el obispo de Strasbourg.

JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Matto.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por él.

MONTE SECRO, ó INSINUACIONES reservadas de los jesuitas.

LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

«CÓMO ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obispo en el círculo. La paz de Lieja.

CARTAS DE TAYLLERAND al papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín».

LA BENEDICCIÓN Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÚLTIPLES REMEDIOS de los jesuitas, según sus obras.

MÚLTIPLES PONTIFICADOS de los jesuitas, ídem, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

Ó CATOLICISMO ó BENEDICCIÓN, por F. Laurent.

MADRID. — IMPRENTA, LITERARIA, 29.

Biblioteca de "El Motin,"

El dolor universal

por

Sebastián Faure

bilmente; que por la sequía ó la lluvia constante el caudal de agua sea demasiado, ó muy poco abundante, y el grano no se truca en harina y el molinero huela forzosamente; la máquina de vapor, en cambio, con tal que le den su ración de combustible, funciona sin cesar, poniendo en movimiento las piedras destinadas á moler el grano.

(B).—No pudiendo el molino de viento mover más que una sola piedra, sólo exige mecanismo elemental; el molino hidráulico, reclamó más complejidad; pero el molino de vapor pide una maquinaria muchísimo más complicada, porque está llamada á mover una complicada serie de piedras y órganos mecánicos.

(C).—El molinero en pequeño, que no puede arriesgar en su instalación primera más que un capital escaso, siendo elemental su maquinaria y débil la fuerza de que dispone y necesariamente indócil é irregular, se ve obligado á limitar su producción á cantidad muy modesta; el molinero que utiliza la fuerza de aguas, habiendo metido en su industria un capital mayor, disponiendo de un mecanismo y un personal más importante, aprovechando una fuerza mayor y menos expuesta á irregularidades frecuentes, debe esperar una producción mucho más grande; el molinero del último sistema, el que se sirve de la fuerza de vapor, habiendo arriesgado en su instalación un capital que representa una fortuna, disponiendo de una maquinaria formidable y numeroso personal, dueño de una fuerza dotada de regularidad, de poder y facilidad de extensión para hacer que su capital fructifique, para utilizar su maquinaria y ocupar á su personal, se ve en la necesidad absoluta de hacer una cantidad enorme de obra.

Así, pues, hay una verdad que salta á la vista y que nadie puede poner en duda: la de que, para comprar, producir y vender en buenas condiciones, es decir, con ganancia, hay que comprar, producir y vender en grande.

31

Pero para comprar en grande se necesita grandes capitales que permitan pagar al contado, que pongan en condiciones de aprovechar una corriente favorable, de hacer un negocio redondo, de acaparar un producto en el mercado; para producir en grande se necesita asimismo grandes capitales que se hagan dueños únicos de una maquinaria perfeccionada por costosa que sea y sea el que fuere el emplazamiento que exija ó la instalación que reclame; en fin, que para vender con provecho (y no se olvide que la compra de las materias primeras y la fabricación de los productos no se hacen sino en vista de la venta) se necesitan también grandes capitales para guardar y no vender hasta que estén en alza los productos ó materias, en baja por el momento, como para influir en la circulación por la enorme cantidad de mercancías con que se puede inundar el mercado, y conceder á la clientela que paga, un crédito que le costará bien caro.

En vista de esto, ¿hay necesidad de indicar el modo con que obrará, en el ejemplo que nos ocupa, la ley inflexible de la competencia? Basta abrir los ojos para contestar: (a) que los molinos de viento, cada vez más abandonados, sólo existen ya en número de día en día más reducido; arruinados, rechazados al proletariado de las ciudades y del campo, expropiados, están los seis mil pobres molineros que quisieran luchar con sus rivales mejor armados, con mejores útiles, es decir, más ricos. (b) El buen tiempo de los molinos hidráulicos ha pasado; así como ellos devoraron á los de viento, serán tragados por los minoteros de vapor, más gordos cada día; arruinados, pues, á su vez, se verán pronto los tres mil molinos que nuestros ríos hacen andar.

(C).—Encontráranse frente á frente luego los mil minoteros de vapor; la lucha, por circunscribirse á menor número de combatientes, no dejará de ser más ardiente y mortífera. Los menos ricos, los que posean peores instrumentos de trabajo, los que estén peor establecidos, dejarán poco á poco el puesto á los más ricos, hasta que en cada región no exista más que uno de esos monstruos, uno solo, repleto de sangre de todos los donados, atiflorado con sus huesos y ahito de carne. Luego es del todo evidente, que las exigencias de la lucha llevan consigo cada vez más la creación de esos inmensos talleres á que acuden aglomeradas las masas obreras al toque de la campana ó al silbido de la máquina. La clase proletaria, ya numerosísima, ve y verá reforzados cada día sus batallones por la quiebra y la ruina de la pequeña burguesía primero, y más tarde, de la burguesía media.

Tal trabajo de eliminación de los débiles por los fuertes, de concentración de los instrumentos mecánicos, de extensión de las fuerzas productivas, de condensación de las riquezas

sociales, tal trabajo va precedido, acompañado y seguido de crisis periódicas, de suspensiones y continuaciones del trabajo, de sobresaltos y convulsiones repetidas, presentando los mismos síntomas, reproduciéndose con intensidad creciente y engendrando iguales resultados que las crisis de que más arriba he hablado y desde hace medio siglo se reproducen cada diez años próximamente con regularidad desesperante.

Estas crisis, que son verdaderamente combates, tienen por consecuencia abrumar más aún á la masa de los vencidos, aumentar el número de las víctimas, y, por ende, disminuir el de los vencedores. Tras toda lucha hállase el vencido más miserable, más pequeño, más extenuado, más oprimido; el vencedor más fuerte, más amo que nunca; así es que, bajo todos conceptos, la distancia entre el capital, el capitalista y el proletario se hace cada día mayor, el foso se ensancha, se profundiza y se convierte en abismo. Toda igualdad, hasta la aparente, entre el que asalara y el asalariado, se borra; la desigualdad aparece, se determina y se hace cada vez más irritante. Y el número de los que no poseen crece, mientras disminuye el de los acaparadores en la misma proporción; los jefes son más raros á medida que los soldados más numerosos; el poder y la riqueza de los amos se agranda en razón inversa de sus fuerzas numéricas; y en razón directa de esas fuerzas mismas, se hacen más intensas la debilidad y privaciones de los esclavos.

Al comercio grande, como al mediano y al pequeño, puede aplicarse todo lo que precede. La tienda pequeña muere; el modesto comerciante al por menor espera en vano una clientela que toda suerte de seducciones atrae á esos almacenes inmensos donde el relucir del oro, el tornasol de la seda, la instalación lujosa de los mostradores llenos de mercancías, la variedad extraordinaria de los productos, la solicitud de los vendedores, la gracia de las vendedoras, una exposición inteligente y renovada sin cesar de esos mil bibelots que gustan mucho, ejercen una fascinación particular sobre la mujer, cuya coquetería gusta tanto de fruslerías y adornos. Los barrios de París y todas las poblaciones algo importantes de Francia son presa hoy de esos mundos comerciales. Creerías ésta todavía en la Edad Media, en los tiempos en que, guardados en sus castillos roqueros que dominaban la región circunvecina, los nobles bandidos, seguidos de sus mercenarios, caían sobre los infortunados perdidos en aquellos parajes, y á estocadas y cintarazos les arrancaban la bolsa y la vida.

Hoy en los grandes almacenes—los nobles bandidos y sus mercenarios—sus numerosos dependientes dejan la vida á

los viajeros—el público—y se contentan con la bolsa. En torno de esos *Cafarnaums* modernos, el comercio pequeño espira y se extingue, como dice la leyenda que nos sucede á los que tienen la desgracia de dormirse á la sombra del mazzanillo. ¡Qué de lágrimas, qué de ruinas, de desesperación, de suicidios representan los doscientos millones que deja al morir un Boucault!

Nada hay, ni aún la propiedad territorial, que no se resienta de los efectos espantosos de la concentración del capital. Abrumados por los impuestos, roídos por la usura, depredados por la hipoteca, los pequeños propietarios tienden á desaparecer absorbidos por las grandes explotaciones agrícolas, únicas que se prestan al cultivo científico moderno. Las ventas se multiplican, y en los despachos de los notarios habrá muy pronto tantas escrituras de hipoteca como títulos de propiedad.

Rodolfo Meyer y Gabriel Ardant (*Le Mouvement agraire*) dan las cantidades siguientes:

Deuda hipotecaria en París en 1820 » 8 mil millones.
» » » » 1840 » 12 »
» » » » 1868 » 16 »
» » » » 1887 » 20 »

Sólo el Crédit Foncier retiene gran parte de propiedad territorial y urbana, y ya se sabe que los grandes propietarios poseen las tres quintas partes del territorio francés. (1)

Según M. Coste (*Etude statistique sur la richesse comparative des départements de la France*) el suelo en Francia tiene un valor de cerca de 90 millares de millones.

(2) Justo es sin embargo notar que, gracias á la concentración revolucionaria del último siglo, el suelo francés está mucho más repartido que el de la mayor parte de las naciones. En Inglaterra y en el País de Gales, 100 personas poseen ellas solas 4 millones de acres de tierra (1 millón 600.000 hectáreas próximamente). En 1887, dos tercios casi de la riqueza nacional de Inglaterra se hallaba en manos del 13 por 100 de su población. B. Malon (*Socialisme intégral*, t. I, p. 277) dice que el duque de Sutherland, propietario de 136.397 acres, posee más el solo que los 703.229 pequeños propietarios. La mitad de Escocia pertenece á 70 propietarios; nueve decimas del suelo es propiedad de 17.000 individuos; una decena tienen allí ellos solos 4.365.000 de acres (2.000.000 de hectáreas próximamente). La mitad del suelo de Irlanda es propiedad de una sola persona.

En los Estados Unidos el espectáculo es el mismo. El terreno en que está construida la ciudad de Nueva York pertenece á 10.000 individuos solamente. Nueva York tiene 2 millones de habitantes. En Chicago (1.500.000 habitantes) la propiedad del terreno pertenece á 3.000 personas. Según las estadísticas oficiales publicadas últimamente, la deuda hipotecaria en los Estados Unidos pasa de 45 mil millones de francos; los dueños de hipotecas son en número de 9 millones, la séptima parte de la población.

Podrían citarse, respecto á cada país, cifras tan elocuentes poco más ó menos. Me he circunscrito á lo que respecta á la Gran Bretaña y los Estados Unidos, porque son los países más industriales, los que tienen la fuerza mecánica más importante, en lo que por tanto está más desarrollada la concentración industrial y comercial. El lector podrá inferir de estos datos que la propiedad agrícola no se sustrae á la ley general de la concentración capitalista.

Luego, si por una parte, la propiedad grande acapara los tres quintos, ó sea 54 mil millones, y si por otra, la pequeña propiedad tiene el gravamen de una deuda hipotecaria de 20 mil millones, lo que hace que en realidad, hasta el completo de esos 20 mil millones, la tierra no le pertenezca más que de nombre, se ve que, en efecto, sólo posee 90—74 (54+20)=16 mil millones. ¿A qué queda reducido el pedazo de tierra á que tanto apego tiene el campesino francés y el de todas partes?

En fin, por encima de la propiedad territorial, comercial é industrial, y como el buitre pronto á caer sobre su presa, se cierne la alta banca. Es la condensadora por excelencia de todos los capitales, y como si le estorbaran las fronteras en su labor explotadora, su sello especial es el cosmopolitismo.

Por lanzarse á todos los negocios gordos, por los empréstitos públicos, por su participación en todas las empresas importantes, por la facilidad con que traslada sus capitales, por la soltura de que es susceptible cuando se trata de cambiar en redondo, por los intereses enormes que domina, por el supremo poder de los capitales que puede poner en movimiento, por la influencia decisiva que ejerce sobre la prensa, por el prestigio que goza y los mil resortes que puede poner en juego, la alta banca domina en las operaciones de toda especie que señalan los anales de nuestra época.

Existen algunos banqueros riquísimos, grandes establecimientos de crédito y especuladores desenfrenados que, constituyéndose en sindicatos, pueden á su placer y sin esfuerzo arruinar la empresa más próspera ó hacer que afluayan centenares de millones á las cajas menos seguras.

Su papel consiste en dar periódicamente salida al ahorro público y en acaparar todos los negocios buenos y descargar sobre los bien acomodados todos los malos. Consiste también en comerciar con toda clase de operaciones multiplicando las sociedades anónimas, con objeto de meter mano en todas ó en la mayor parte de las empresas comerciales é industriales, y en todo caso en las más importantes, y hacerse dueños de ellas en seguida por el movimiento de las acciones y la centralización del papel valor ó del papel crédito, de la vida económica de las sociedades humanas. Dueños del mercado, libres para provocar, conforme á su interés del momento, el alza ó la baja, para sembrar el pánico propagando noticias alarmantes, ó levantar á fantásticas alturas valores sin consistencia, creando para dichos valores un mercado ficticio ó haciendo que los apoyen los periódicos á sueldo, se meten en su bolsillo cientos de millones en estas jugadas de bolsa.

Por este procedimiento de agiotage en que se dejan siempre coger los simples y aun los que no tienen la suerte de estar en el secreto, es por lo que una oligarquía se encuentra con que, sin haber hecho jamás nada por sus manos, posee gran parte de la riqueza pública, es dueña absoluta de nuestros ferrocarriles, de nuestras compañías de navegación, del alumbrado de las ciudades, de las sociedades hulleras, de nuestros grandes establecimientos financieros, de nuestro crédito.

Así pudo el conde de Mun, desde lo alto de la tribuna, y sin provocar la menor protesta, pronunciar estas palabras memorables: «El pueblo ve por todas partes la injusticia triunfante é impune; los escándalos financieros, la especulación y el agiotage alcanzan fortunas escandalosas y cavan en torno suyo abismos de miseria.»

En la primera mitad de este siglo, los precursores del socialismo, los Saint Simón, los Owen, los Fourier, los Cabet, anunciaron ya en términos precisos esa tendencia especial de nuestra época: la división de la sociedad en dos clases cada vez más distintas, la burguesía y el proletariado; la una marchando hacia la extrema riqueza, la otra hacia la miseria extrema.

«Los progresos todos de las ciencias y las artes, dice Vidal, tienen como fin hacer inútil el trabajo, que la producción se realice por motores inanimados, que los ricos sean cada vez más ricos y el resto de la población cada vez más miserable.»

Proudhon por su parte dice: «Como confesó en otro tiempo ante el parlamento inglés un ministro ilustre, el progreso de la miseria es paralelo y proporcionado al progreso de la riqueza.»

En su *Socialismo utópico y socialismo científico*, Engels se expresa de este modo: «Existe una correlación fatal entre la acumulación del capital y la acumulación de la miseria, de tal modo, que la acumulación de las riquezas en un polo es una acumulación igual de sufrimiento, de pobreza, de ignorancia, de embrutecimiento del lado de la clase que produce.»

He aquí la opinión de Lange en su *Histoire du materialisme*: «Acumular sin descanso medios de gozar y emplearlos en su mayor parte, no en el goce, sino en el acrecentamiento de la riqueza adquirida, tal es el rasgo característico de nuestra época.»

En fin, he aquí la del simpático autor del *Précis du Socialisme*, Benoit Malon: «El mecanismo capitalista acelera su acción devoradora de los capitales pequeños; los patronos pequeños, los pequeños comerciantes, los pequeños propietarios,

están actualmente desposeídos en la radiación europeo-americana. El monstruo los coge por la usura y la competencia entre sus garras de acero, los despoja, los arruina, los arroja desesperados á las filas del proletariado, cada vez, por tanto, más numeroso, y cada día más formidable y descontento.»

Desde el punto de vista que en estas ligeras páginas doy á conocer, puede admitirse que el mundo social se compone de tres capas superpuestas: debajo la clase pobre, el proletariado, que comprende á esos millones de desheredados que no poseen más que su inteligencia ó sus brazos; en medio, la clase media, colocada entre las dos y cuyos miembros tienen en su mayor parte orígenes de proletario, pero que aspiran á elevarse hasta la clase rica; en este grupo de personas figura todo el que vive de la propiedad en pequeño, del comercio chico y de la pequeña industria; es, en suma, la burguesía chica y mediana teniendo un pie en la aristocracia financiera y otro en la plebe empobrecida; arriba, en fin, la clase rica de los grandes comerciantes, de la gran industria, de la propiedad extensa, de la alta banca.

El número de individuos pertenecientes á cada uno de esos grupos está en razón inversa de su estado de riqueza. Los pobres son los más numerosos; los ricos solamente un puñado. El progreso capitalista da por resultado el establecer entre las clases una especie de movimiento gigantesco de bomba aspirante é impelente; mientras los bienes, la riqueza, los capitales de toda especie son aspirados, absorbidos por arriba, los individuos son rechazados por abajo, desacrecentados, arruinados.

La chica y mediana burguesía hácese el efecto de los jugadores empujados que, agrupados en derredor del tapete verde, se empujan con terquedad en apuntar contra un banquero ante el que se ostentan montones de oro y billetes de banco. En vano todo les grita que perderán hasta el último céntimo, que las cartas preparadas hábilmente, y eso que entre la gente de esos círculos se llama «la fuerza del dinero» aseguran al banquero la victoria. Un «yo no sé qué» les retiene en torno del tapete fatal; esperan siempre que la suerte acabará por sonreírles y cualquier azar inesperado les hará recuperar su dinero y hasta salir ganando; y esta esperanza insensata no les abandona hasta que la última puesta les ha sido arrebatada, y registrando uno por uno sus bolsillos, como si fueran á encontrar en ellos un último recurso, se convencer por fin de que han perdido cuanto tenían.

¡Qué abatimiento, cuánta cólera, cuánta desesperación y cuánta pena las de esa gente que ha conocido la indepen-

cia que da un bienestar modesto y la consideración que se tributa á todo el que hace un buen papel en la sociedad, cuando, por la fuerza de las cosas, á pesar de su asiduidad en el trabajo, no obstante sus conocimientos técnicos y profesionales, á pesar de la tenaz energía que ha sabido inspirarles una esperanza inquebrantable, vense bruscamente, y para siempre, desposeídos, expulsados, cogidos, arruinados, deshonrados tal vez!

He aquí la triste realización de esta frase profética de J. B. Say: «La riqueza y la miseria marchan en línea paralela.» Lo que quiere decir que mientras los unos resultan cada vez menos numerosos y cada vez más ricos, los otros son más numerosos y más pobres cada vez. Del tal suerte, que no está lejano el instante, si no se toma una resolución, en que la humanidad ofrecerá á nuestros ojos este extraño espectáculo: de un lado, un puñado de individuos escandalosamente ricos, dando vueltas á la imaginación en busca de extravagancias locuras para gastar su dinero; del otro, multitud inmensa de miserables ante los que se alzarán siniestro y feroz el problema de la existencia que cada día hay que resolver, multitud terrible de desesperados que rabian de hambre.»

Si; y de aquí que, con la calma del que escribe y levanta con su pluma el velo que nos oculta el porvenir, pero con esa angustia que siente todo hombre de corazón ante algo monstruoso, asista yo á ese espectáculo, y me pregunte si esas masas torturadas por las angustias de la miseria, no teniendo por delante más que á la burguesía pequeña y mediana para impudientes ver á los que las despojan, una vez frente á frente de los que los saquean, tendrán la cobardía de bajar la cabeza y cruzarse de brazos ó el coraje de lanzarse sobre sus verdugos.

Algunas autoridades en la materia

Marx, *Capital*, Smith, *Teoría*; Stuart Mill, *Adolfo Blanqui*, *Lamennais*, *Proudhon*, *Engels*, *Büchner*.

Desde hace mucho tiempo han sido previstos, denunciados y declarados infames esos desastrosos resultados de la propiedad individual. Se necesitaba para negarlo ser de esos que tienen ojos y no quieren ver, oídos y no quieren oír.

«El que recibe salario, dice Lamennais, es esclavo.» El célebre autor de *Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations* reconoce que «en seguida que la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario pide por su parte casi todo el producto que el trabajador puede hacer crecer ó recolectar en ella.»

«Cuando, por razones que es inútil exponer aquí, el dominio del capital reemplaza al de los detentadores del suelo, es

decir, cuando el sistema burgués ha sustituido al sistema feudal nobiliario—el que existe en gran parte de Europa—entonces, no es ya el propietario del suelo el amo, sino el capitalista, y los que nada tienen, ó sea los proletarios, son sus esclavos.»

En una obra premiada por el Instituto, P. Queyrou se expresa así: «La combinación que se practica actualmente en todo el mundo es la que hacen los amos y los obreros, los capitalistas y los trabajadores. Forma tal está muy lejos de parecerse á una asociación; es más bien la negación completa de aquélla. Aquí el capital es un señor que se traga todos los beneficios y el trabajo un esclavo á quien se obliga á levantar montañas. Aquí, la desigualdad de bienes y goces es siempre forzosa y completa. Basta tener la propiedad de un instrumento de trabajo, la disponibilidad ó la posesión de un capital, para apropiarse más y más de los instrumentos del bienestar y de la libertad positiva. Además es cosa infalible que con tal forma de propiedad, un corto número se apropia y disfruta de todos los provechos.»

Stuart Mill confirma que chasta ahora las máquinas no han abreviado una hora el trabajo ó un solo ser humano.»

Adolfo Blanqui, hermano del feroz revolucionario que pasó en la prisión ó en el destierro la mayor parte de su larga vida, en su *Histoire de l'Economie politique*, declara que «la miseria pública es un hecho social propio de los tiempos modernos y que se manifiesta más y más á medida que la civilización se extiende.»

Odé Lamennais: «¿Qué es hoy el proletariado para el capitalista? Un instrumento de trabajo. Manumitido por el derecho, libre legalmente en su persona, no es ya, en verdad, propiedad vendible y comprable de quien lo emplea; pero tal libertad es ficticia solamente. ¿Puede llamarse voluntad verdadera la que no puede elegir más que entre una muerte horrible, inevitable y la aceptación de una ley impuesta? Las cadenas y el látigo del esclavo moderno, son ¡el hambre!»

Proudhon, en dos líneas, caracterizó admirablemente la situación: «Las máquinas, lo mismo que la división del trabajo en el actual sistema de la economía social, son á la vez fuente de riqueza y causa permanente y fatal de miseria.»

«La esclavitud á que el burgués somete al proletario, se presenta en la fábrica bajo su verdadero aspecto», dice Federico Engels.

No hay, desde hace más de 30 años, un escritor, pensador ó filósofo socialista que no haya en alta voz proclamado que nos amenaza un retroceso al feudalismo por la acumulación de las riquezas en manos de unos cuantos y la extenuante miseria de los más.

He querido guardar para el final esta cita magnífica, sacada de un libro que hace poco tiempo metió mucho ruido y que se debe á uno de los maestros más respetados del materialismo científico, el doctor L. Büchner. «El exceso de pobreza y el exceso de riqueza, el exceso de fuerza y el exceso de impotencia, el exceso de felicidad y el exceso de miseria, el exceso de lo superfluo y el exceso de la privación de lo necesario, una ciencia fabulosa y una fabulosa ignorancia, el trabajo más penoso y la satisfacción sin esfuerzo, todos los géneros de belleza y de esplendor y la degradación más profunda de la existencia y del ser, éstos son los rasgos que caracterizan nuestra sociedad actual, que por la grandeza de sus contrastes sobrepasa á las épocas peores de esclavitud y de opresión política.»

Nada más diré por ahora sobre la iniquidad económica.

Tales son los abismos de sufrimiento y servidumbre porque rueda la humanidad por haberse sometido á esta fórmula execrable: «Todo pertenece á unos cuantos.»

CAPÍTULO V

CAUSAS DEL DOLOR UNIVERSAL

CAUSAS SEGUNDAS Y DIVERSAS: INSTITUCIONES SOCIALES (CONTINUACIÓN). LA INIQUIDAD POLÍTICA

I

Consideraciones generales

La iniquidad política se resume en las palabras: «Elaboración y en la fórmula: «Todo pertenece á unos cuantos». Relaciones cronológicas de la propiedad y del poder. Orígenes de ésta. Su historia en Francia.

Así como la iniquidad económica se traduce en una expresión sencilla: «la propiedad individual», lo mismo puede resumirse la iniquidad política en una sola palabra: «gobierno». La gran iniquidad «propiedad» es la que hasta ahora y en todos los puntos del globo ha provocado más imprecaciones, porque, por una parte, las necesidades del estómago son las que en forma más violenta y más universal reclaman satisfacción; porque, por otra, la tiranía propietaria produce las desigualdades más irritantes, las más crueles y más difíciles de ocultar bajo una máscara cualquiera.

Pero no por haberse denunciado con menos estrépito, por provocar menos iras, deja de ser la política indicada causa de

males tan crueles, de tan profundos sufrimientos. Grande es la falta de la multitud que se deja despojar por un puñado de ricos; no menos grande el error de la masa que se deja dominar por una bandada de diáspotas.

A esta fórmula económica, cuyas consecuencias terribles acabo de exponer: «lo que pertenece á unos cuantos», conviene añadir esta: «todo obedece á unos cuantos»; resta dar á conocer sus deplorables resultados.

No son los orígenes del poder más respetables que los de la riqueza privada. Mucho se ha discutido y mucho se argumenta todavía sobre el punto de saber bajo qué forma económica ó política hizo la autoridad su primera aparición en las sociedades humanas. La cuestión aún está pendiente. Afirmar unos que, de la guerra con los animales feroces y con los otros grupos, surgió en cada tribu ó en cada la autoridad absoluta que los más fuertes ó los más expertos se atribuyeron bajo el nombre de jefes; que la conquista, haciendo caer bajo el poder tiránico de estos primeros amos los pueblos derrotados y los territorios ocupados por ella, dichos guerreros victoriosos se abrogaron el derecho de hacer trabajar á los vencidos y de confiscar, á la par que sus tierras, el producto de su trabajo; que, por lo tanto, y porque nadie pensó en disputarles el provecho, aquellos amos, con la complicidad de legisladores y sacerdotes, fortalecieron poco á poco su supremacía y consolidaron las bases de sus usurpaciones con leyes y preceptos religiosos.

Otros enseñan que la propiedad individual se remonta á orígenes más antiguos que el poder; que en primitivos tiempos los hombres fueron primeramente cazadores y pescadores, pastores y agricultores; que las guerras propiamente dichas de tribu á tribu no tuvieron otra causa que el estado de propiedad más ó menos grande de las tribus vecinas, no teniendo en aquellas lejanías cada tribu otro objeto la guerra que despojar al más débil y reducirlo á esclavitud; que este desarrollo del cultivo no podría compaginarse con la ausencia de la propiedad privada; que ésta ha debido necesariamente proceder al poder, engendrado en seguida, á fin de tener en él un protector, una defensa, un apoyo contra las reivindicaciones suscitadas por la codicia de un vecino.

Pero no creo que ni unos ni otros hayan presentado en apoyo de lo que dicen pruebas decisivas, hechos indiscutibles. ¿Fue el derecho de mandar el que precedió ó el trabajo el de poseer, ó bien fué este de poseer el que precedió al de mandar y lo trajo? ¿La autoridad se afirmó antes sobre las cosas y después sobre los individuos, ó sucedió lo contrario? No me decidiré categóricamente respecto á este hecho histórico, en mi opinión condenado á permanecer, por falta de

documentos precisos, envuelto en la incertidumbre; pero sólo tiene una importancia secundaria. Lo que importa observar es lo que resulta del examen minucioso de lo que ha sido en otro tiempo y de lo que es en nuestra época; que tras larga serie de siglos el poder y la propiedad marchan de frente, consolidando el uno á la otra; que el origen del primero se parece tanto al de la primera, que se confunden, y que esas dos formas de la autoridad parecen haber marchado siempre juntas; que se juzga imposible hacer daño á la una sin lastimar á la otra; que están hoy tan sólidamente enlazadas, que la suerte de una está indisolublemente unida á la de la otra. Tan estrecho es el lazo, que se le encuentra hasta en las diversas transformaciones y modos de ser del poder y la propiedad. Hablando solamente de Francia, la historia del acaparamiento gubernamental puede, del mismo modo que la de la extensión de la riqueza, reducirse á las tres fases siguientes:

Antes de 1789: guerra, violencia, rapiña, superstición religiosa, captación de cerebros.—Es la opinión de Guizot: «Es imposible, dice, dejar de reconocer que la fuerza ha manchado la cuna de todos los poderes del mundo, cualquiera que fuese su naturaleza y su forma.»

Durante el período revolucionario: despojo de la nobleza y el clero, decadencia de la monarquía en beneficio de la clase burguesa. Después de esa época, salvo algunos movimientos que con intermitencia nos volvían al antiguo régimen, un tanto modernizados, la explotación de la ignorancia cuidadosamente sostenida en el espíritu popular por hábiles sofistas. No entra en el plan de este estudio nada que me detenga en las dos primeras fases. Esto no es un ensayo de historia, sino de filosofía. En cambio, para dar á conocer el encañamiento que existe entre la iniquidad política y la desdicha universal, debo dirigir esta investigación sobre las condiciones en que se ejerce el poder en nuestra época.

En mi sentir, esta cuestión es casi desconocida, ó mejor dicho, mal comprendida; pues si los economistas de oficio se han ingeniado para complicar los problemas tan sencillos en el fondo y tan claros como los concernientes á la propiedad, los políticos se han dedicado á embrollar y oscurecer los que tocan al poder gubernamental.

Palulan los prejuicios, basándose más ó menos en malas inteligencias, en interpretaciones falsas, en desconocimiento completo de lo que es esa maquinaria, tan complicada en apariencia: un gobierno; no digo una monarquía absoluta ó constitucional; un imperio ó una república, un gobierno á secas, es decir, cualquiera que sea, y sean las que fuesen su forma y etiqueta, sus principios y su personal.

(Continuará.)